

## Bibliophile Kings: Libraries, Literacy and Power in the Medieval West

MANUEL ALEJANDRO RODRÍGUEZ DE LA PEÑA  
Universidad San Pablo-CEU

### RESUMEN

El predominio espiritual de la tradición grecolatina en el Occidente medieval supuso que, a pesar de la generalización del analfabetismo en los siglos oscuros (o quizá precisamente debido a esto), se siguiera asociando a lo largo de todo el periodo libros y lengua latina con poder y élites sociales. No de una forma tan inequívoca como espada y poder o tierra y poder, pero sí de una cierta manera. La actitud de la mayor parte de los gobernantes medievales alfabetizados hacia el libro y las bibliotecas fue reverencial y en algunos casos casi “totémica”. Las bibliotecas de los reyes germánicos de la Antigüedad Tardía, así como las de los emperadores carolingios y otónidas siguieron un modelo episcopal-monástico, una vez que el tardorromano de biblioteca palatina semi-pública o pública había caído en el olvido. Ahora bien, la mayor parte bibliotecas de los reyes de la época feudal encajan mejor en el modelo de biblioteca señorial que en el de biblioteca monástica o biblioteca palatina o “de Estado”. El llamado renacimiento del siglo XII comenzaría a alterar esta dinámica, cuando los príncipes del Occidente latino iban a convertirse en reyes clericalizados poseedores de bibliotecas cada vez mayores.

**Palabras clave:** Realeza, Ideal sapiencial, Bibliotecas, Libros, Alfabetización y cultura escrita

### ABSTRACT

The spiritual ascendancy of the classical tradition in the Medieval West meant that in the illiterate society of the dark centuries (and perhaps precisely because of it) there continued to be a link between books and Latin culture and power and social elites. This was true to a certain degree, although not in such an unequivocal way as with the sword and power or land and power. Nevertheless, most literate medieval rulers perceived books and libraries with reverence. The libraries reunited by Germanic kings and Carolingian and Ottonian Emperors followed monastic or episcopal models, given that the late-Roman palace library tradition had fallen into oblivion. However, most Feudal royal libraries resembled those of the nobility. The so-called Renaissance of the Twelfth Century started to modify this trend and the rulers of the Latin West became “clerical” kings in possession of ever-growing libraries.

**Key words:** Kingship, Wisdom Ideal, Libraries, Books, Literacy

---

\* Este trabajo se enmarca en el proyecto Legitimación del poder, corrientes religiosas y prácticas de piedad en la corona de Castilla (siglos XII-XV) financiado por el Ministerio de Ciencia e Innovación (referencia: HAR2008-04696/HIST). Quiero agradecer a la profesora Ana Belén Sánchez Prieto su aliento, consejos y estímulo a la hora de encarar esta investigación.

**Sumario:** Introducción. 1. Monarquía y bibliotecas en la época de las Invasiones. 2. Los gobernantes carolingios y sus bibliotecas. 3. emperadores y bibliotecas en el Reich otónida. 4. Realeza feudal y bibliotecas. 5. Los reyes de la España medieval y sus bibliotecas. 6. Conclusión.

## INTRODUCCIÓN

¿Por qué estudiar las bibliotecas en relación con la Realeza medieval? En principio, cabría pensar que son dos *topoi* escasamente relacionados entre sí. Monarcas y bibliotecas han estado estrechamente unidos en el mundo helenístico, la Alejandría lágida, la Roma imperial, en el Renacimiento o la Edad Moderna pero no parece que esto sea predicable de la Edad Media. En general se asocia el mundo de las bibliotecas medievales con el clero y, más particularmente, con el monacato benedictino. Desde luego, ni el laicado ni los monarcas del Medioevo latino tuvieron una relación con el libro tan estrecha como la tuvieron las aristocracias de las edades Antigua y Moderna.

Con todo, a nuestro juicio existen poderosas razones para dedicar a la cuestión nuestra atención, ya que la conexión entre cultura escrita, alfabetización y ejercicio y legitimación del poder regio en la civilización del Occidente medieval fue mucho más estrecha de lo que pudiera parecer *prima facie*. La inmensa bibliografía disponible sobre alfabetización, cultura escrita y bibliotecas a lo largo del Medioevo ha pasado muchas veces por alto el contexto de lo que en el mundo académico anglosajón se denomina *literacy and power*, esto es, las relaciones entre el acceso a la alta cultura del gobernante y su ejercicio del poder.

Y es que, en no pocas ocasiones se ha dado por sentado que la cultura escrita latina de los siglos medievales era un monopolio del clero, a partir de la ecuación señalada por Herbert Grundmann *laicus=illitteratus*. Siendo esto válido la mayor parte de las veces, no deja de ser menos cierto que en los pocos casos en que los laicos eran *litterati* la significación política de su erudición personal alcanzaba cotas que no encontramos entre los clérigos (a los que se les presupone ésta). Incluso, cabría hablar de una teología política de la sabiduría regia, dentro de una narrativa de la Realeza sapiencial. En este contexto teológico-político las bibliotecas regias (privadas, semi-públicas o públicas) juegan un cierto papel a la hora de evaluar si las proclamas cronísticas de erudición principesca de tal o cual monarca se correspondían con una realidad o eran más bien propaganda política con vistas a la legitimación de su figura. Además, aunque sin llegar a las cotas del Renacimiento o la Antigüedad Clásica, algunas bibliotecas pudieron desempeñar un cierto papel simbólico dentro de la puesta en escena de la Realeza sapiencial. Obviamente, la escenografía de un rey sabio debe acompañarse de un fondo de libros.

### 1. MONARQUÍA Y BIBLIOTECAS EN LA ÉPOCA DE LAS INVASIONES

Temistio menciona en sus *Orationes* (4, 59d-60c) la iniciativa del segundo emperador cristiano de Roma, Constancio II (imp. 337-361), de fundar una biblioteca imperial en el año 357. Según apunta Guglielmo Cavallo, esta iniciativa entroncaba de forma indudable con la tradición sapiencial helenística de la Biblioteca de Alejandría, aunando

fundación regia y su doble condición de ser a un tiempo centro de estudio y *scriptorium* de copia de libros. Lo que parece descartado es que fuera una suerte de “biblioteca pública” diferenciada de la biblioteca palatina, ya que estamos hablando de una biblioteca situada en el palacio imperial aunque abierta a las consultas de los doctos<sup>1</sup>.

Poco después de la muerte de Constante, Valentiniano (m. 375) se convertía en el primer emperador romano en establecer una comisión imperial permanente que velara por la conservación de los libros de todas las bibliotecas públicas del Imperio<sup>2</sup>. A esta medida se unió la fundación de dos “universidades” imperiales, una en Roma y otra en Constantinopla. Sin embargo, solo tres años después de su muerte, Amiano Marcelino ya se lamentaba de que en su época las bibliotecas están cerradas perpetuamente, como si fueran tumbas<sup>3</sup>. Si en la Roma cristiana del decadente siglo IV todavía había veintiocho bibliotecas públicas, tras los sucesivos saqueos de la Ciudad Eterna en la época de san Gregorio Magno apenas quedaba la biblioteca que sostenía el propio Pontífice<sup>4</sup>.

Y este negro panorama es predicable del conjunto del Occidente latino. En el oscuro periodo de tres siglos que media entre la caída del Imperio Romano de Occidente (año 476) y el brillante renacimiento intelectual que tuvo lugar durante el reinado de Carlomagno (768-814) resulta muy difícil encontrar indicio alguno de la existencia de bibliotecas palatinas en las cortes de los reyes bárbaros que se habían enseñoreado de la *Romanitas*.

Fue esta una época en la que los monasterios benedictinos que iban surgiendo por todas partes fueron sustituyendo a las grandes ciudades y a los conjuntos palatinos como depositarios de las principales bibliotecas de Europa. Tan solo encontramos una biblioteca palatina digna de tal nombre en funcionamiento en el sacrum palatium de Bizancio. Y es que incluso en el caso de aquellos monarcas germánicos cultivados (como Teodorico el Grande en Italia, Childerico de Neustria en la Galia merovingia o Sisebuto en la Hispania goda) que quizá pudieron haber poseído bibliotecas para su uso personal, la evidencia documental de su existencia permanece en las sombras del olvido más completo<sup>5</sup>.

---

<sup>1</sup> Guglielmo CAVALLO, «Introducción» a *Le biblioteche nel mondo antico e medievale*, ed. G. Cavallo, Roma, 1988, p. XVII.

<sup>2</sup> Charles N. COCHRANE, *Christianity and Classical Culture. A Study of Thought and Action from Augustus to Augustine*, Nueva York, 1940, ed. esp. *Cristianismo y cultura clásica*, México, 1949, p. 307. A finales de la época de los Severos había desaparecido la antigua figura del procurator bibliothecarum cuyas funciones ahora asumía esta nueva comisión imperial (vid. Lorne D. BRUCE, «The Procurator bibliothecarum at Rome», *The Journal of Library History*, 18, 1983, pp. 143-162).

<sup>3</sup> James W. THOMPSON, *The Literacy of the Laity, in the Middle Ages*, Nueva York, 1960, p. 2; G. CAVALLO, *Le biblioteche nel mondo antico e medievale*, op. cit., p. XVIII.

<sup>4</sup> Desde los tiempos del papa San Dámaso (pont. 366-384) había existido una especie de biblioteca y archivo, pero fue San Hilarión (pont. 461-468) quien fundó la primera gran Biblioteca Pontificia en San Juan de Letrán con dos salas, una para los libros griegos y otra para los latinos. El papa Agapito I (pont. 535-536) había intentado fundar, a instancias de Casiodoro, otra biblioteca y una “universidad” en la iglesia de San Juan y San Pablo, pero su repentino fallecimiento abortó el proyecto (vid. C. CALLMER, «Die ältesten christlichen Bibliotheken in Rom», *Eranos*, 83, 1985, pp. 51 y ss. y Giuseppe SCALIA, «Gli archivi di papa Damaso e le biblioteche di papa Ilario», *Studi Medievali*, 18/1, 1977, pp. 39-63).

<sup>5</sup> G. CAVALLO, *Le biblioteche nel mondo antico e medievale*, op. cit., p. XVIII.

Tan solo cabe aducir una excepción a este silencio de las fuentes. Una de las escasísimas evidencias documentales de la existencia de una biblioteca real en la época de las Invasiones lo encontramos en la corte visigoda de Toledo en los años del rey Chindasvinto (reg. 642-653). Esta evidencia nos la proporciona una carta del obispo de Zaragoza, san Braulio, discípulo de san Isidoro, quien escribía hacia el 640 a uno de los más destacados intelectuales áulicos del aula regia, el abad Emiliano de Toledo, para obtener una copia del Comentario del Apocalipsis de Apringio de Beja. La respuesta del abad Emiliano resulta muy clarificadora: esta obra estaba en el armarium de un aristócrata goda laico, el conde toledano Lorenzo (Laurentius), pero tras su muerte la nutrida colección libraria que había reunido se dispersó<sup>6</sup>. El abad también refiere que ha buscado esta obra en la biblioteca personal del rey Chindasvinto, sin éxito<sup>7</sup>.

Este dato por sí solo resulta revelador de la existencia de una biblioteca palatina del monarca visigodo, seguramente en Toledo, una biblioteca que debía ser lo bastante importante como para justificar las expectativas del abad Emiliano de hallar en ella el libro que buscaba. En todo caso, en esos mismos años florecía en la propia Toledo de los reyes godos una rica biblioteca diocesana, que sabemos manejó el metropolitano san Julián y que contenía obras de san Agustín, san Isidoro, san Gregorio Magno, así como de clásicos como Marcial, Virgilio, Horacio y Terencio<sup>8</sup>.

## 2. LOS EMPERADORES CAROLINGIOS Y SUS BIBLIOTECAS

### 2.1. LA BIBLIOTECA DE CARLOMAGNO

Con todo, no cabe duda de que el primer monarca medieval en reunir una biblioteca de cierta importancia fue Carlomagno. Hace cuarenta años, en el curso de una exhaustiva investigación, Bernhard Bischoff reconstruyó el que consideró que pudo haber sido el catálogo de la biblioteca palatina (Hofbibliothek) de Carlomagno, una impresionante colección libraria iniciada en el año 780 que este profesor consideró como la más importante de todo el Imperio Carolingio<sup>9</sup>, «un glorioso monumento al deseo de Carlomagno de preservar los tesoros literarios del pasado»<sup>10</sup>.

---

<sup>6</sup> Manuel DÍAZ Y DÍAZ, «La cultura de la España visigótica del siglo VII», *Caratteri del Secolo VII in Occidente, V Settimane de studio del Centro Italiano di Studi sull'Alto Medioevo*, vol. 2, Espoleto, 1958, p. 819; Pierre RICHÉ, *Éducation et culture dans l'Occident barbare (VI-VIIIe siècles)*, París, 1967, p. 209.

<sup>7</sup> San BRAULIO DE ZARAGOZA, *Epistolario*, XXV y XXVI, ed. L. Riesco, Sevilla, 1975, pp. 122 y 124 (apud Roger COLLINS, «Literacy and the Laity in Early Medieval Spain», *The Uses of Literacy in Early Medieval Europe*, ed. R. McKitterick, Cambridge, 1990, p. 115).

<sup>8</sup> Sobre esta biblioteca y en general, la cultura literaria hispanogoda, vid. Manuel DÍAZ Y DÍAZ, «La cultura en la España visigótica del siglo VII», *De Isidoro al siglo XI. Ocho estudios sobre la vida literaria peninsular*, Barcelona, 1976, pp. 35 y ss.

<sup>9</sup> Vid. Bernhard BISCHOFF, «The Court Library of Charlemagne», *Manuscripts and Libraries in the Age of Charlemagne, Cambridge Studies in Palaeography and Codicology*, vol. 1, ed. M. Gorman y B. Bischoff, Cambridge, 1994, pp. 56-75 (versión definitiva en inglés de «Die Hofbibliothek Karls des Grossen», *Karl der Grosse: Lebenswerk und Nachleben*, vol. 2, Düsseldorf, 1965, pp. 44-62).

<sup>10</sup> B. BISCHOFF, *Libraries and Schools in the Carolingian Revival of Learning*, art. cit., p. 94.

Ahora bien, investigadores como Claudia Villa, Donald Bullough<sup>11</sup> y Rosamond McKitterick<sup>12</sup> han redimensionado en los últimos años nuestra visión de la biblioteca de Carlomagno, disminuyendo su importancia. Se ha puesto incluso en duda que se pueda hablar en rigor de una biblioteca palatina del emperador, lo que quizá es llevar la revisión de la dimensión de esta demasiado lejos.

Lo que sí parece fundamentado es el cuestionamiento de una de las fuentes documentales con las que trabajó Bischoff. Y es que el manuscrito (*Deutsche Staatsbibliothek Preussische Kulturbesitz Diez B. Sant. 66, Berlín*)<sup>13</sup> con la lista de libros analizado por Bischoff en su día como el posible catálogo de libros raros de su biblioteca, reunidos en un periodo anterior a la erección del palacio de Aquisgrán<sup>14</sup>, ha resultado ser, según ha demostrado Claudia Villa, un documento que describe libros de la biblioteca catedralicia de Verona que, además, no tiene exactamente las características de un catálogo de biblioteca, sino más bien de una colección de textos de apoyo para la docencia<sup>15</sup>.

Entre los libros que, si aceptamos la tesis de Claudia Villa, quedarían fuera de la biblioteca del emperador estarían obras de Virgilio, Horacio, Cicerón, Tíbulo, Lucano, Terencio, Juvenal, Claudiano, Marcial, Julio Víctor, Salustio y Catón. Con todo, esto tan solo nos quita la seguridad ofrecida por Bischoff de la presencia en la colección de Carlomagno de estos libros en concreto, lo que no implica que no podamos hablar de una biblioteca palatina, por muy redimensionada que esté.

Sea como fuere, lo que hoy nadie pone en cuestión es que Carlomagno poseyera una cantidad importante de libros, otra cosa es que fuera tan relevante como para recibir el apelativo de “biblioteca palatina”. Por ejemplo, sabemos, a través de su biógrafo Eginardo, que al emperador le placía la lectura del *De Civitate Dei* de san Agustín (que le leían durante la cena) y de las *antiquorum res gestae* (libros de historia de la Antigüedad), mencionando a propósito de las disposiciones testamentarias del propio Carlomagno el hecho de éste haber reunido “una gran cantidad de libros en su biblioteca” (“de libris, quorum magnam in bibliotheca sua copiam congregavit”)<sup>16</sup>.

<sup>11</sup> Vid. Donald BULLOUGH, «Charlemagne’s Court Library revisited», *Early Medieval Europe*, 12, 2003, pp. 339-63.

<sup>12</sup> Rosamond MCKITTERICK, *History and memory in the Carolingian World*, Cambridge, 2004, pp. 208-210 y *Charlemagne. The Formation of a European Identity*, Cambridge, 2008, pp. 345-350.

<sup>13</sup> También conocido como Codex Diezianus. Vid. B.L ULLMANN, «A list of classical manuscripts (in an eighth-century codex) perhaps from Corbie», *Scriptorium*, 8, 1954, pp. 24-37. La transcripción definitiva del manuscrito ha sido realizada por Michael GORMAN (vid. «Peter of Pisa and the Quaestiunculae Copied for Charlemagne in Brussels II 2572: With a Note on the Codex Diezianus from Verona», *Revue Bénédictine*, 110 2000, p. 238-260).

<sup>14</sup> B. BISCHOFF, *The Court Library of Charlemagne*, art. cit., pp. 64-69 y 71-72 y *Libraries and Schools in the Carolingian Revival of Learning*, art. cit., p. 95.

<sup>15</sup> Vid. Claudia VILLA, «La tradizione di Orazio e ‘la biblioteca di Carlo Magno’: per l’elenco di opere nel codice Berlin Diez. B. 66», *Formative Stages of Classical Traditions: Latin Texts from Antiquity to the Renaissance*, Espoleto, 1996, pp. 299-322 y «Die Horazüberlieferung und die «Bibliothek Karls des Großen»: zum Werkverzeichnis der Handschrift Berlin, Diez B. 66», *Deutsches Archiv*, 51, 1995, pp. 29-52.

<sup>16</sup> EGINARDO, *Vita Karoli*, c. 33: “Similiter et de libris, quorum magnam in bibliotheca sua copiam congregavit, statuit, ut ab his qui eos habere vellent, iusto pretio fuissent redempti, pretiumque in pauperibus erogatum” (vid. Matthew INNES, «Charlemagne’s Will: Piety, Politics and the Imperial Succession», *English Historical Review*, 112, 1997, pp. 833-55).

Por otro lado, de un pasaje del poema latino introductorio de Wigbod de Tré-veris\* a sus Comentarios del Octateuco (*Quaestiones in Octateuchum*; c. 775-800) se puede inferir, siguiendo a Bischoff, que Carlomagno ordenó hacia el año 780 buscar y reunir libros raros u olvidados de la Antigüedad procedentes de todos los rincones de sus dominios, aunque Wigbod bien pudiera referirse tan solo a las obras de los Santos Padres. Estos son los versos: ¿quién puede incluso enumerar la colección de libros que vuestra sentencia ha reunido juntos, procedentes de diversas regiones y que han renovado la herencia escrita de los Santos Padres?<sup>17</sup>.

También resulta interesante apuntar que la biblioteca de Carlomagno no estaba destinada exclusivamente al uso del soberano sino que estaba a disposición de todos los clérigos y estudiosos que habitaban en palacio. Y es que, tal y como ha señalado Anita Guerreau, en el periodo carolingio asistimos a una gran circulación de manuscritos, que fueron objeto de préstamos, donaciones e intercambios entre sus poseedores, siendo la posesión individual de un libro perfectamente compatible, en el seno de las instituciones eclesiásticas, con la utilización en común del armarium<sup>18</sup>.

En cuanto a determinar cuál era exactamente su contenido, empresa acometida por vez primera en el año 1957 por Bernhard Bischoff y que fue revisando en diferentes ocasiones, lo cierto es que tan solo tenemos algunos datos aislados y resulta difícil establecer su tamaño real. Además, no podemos determinar qué libros eran para el uso personal del emperador y cuáles para el de su círculo palatino, así como el papel que los diferentes palacios del emperador, ya que permanece abierta la posibilidad de una biblioteca previa a la construcción del palacio de Aquisgrán o posterior a este, así como una biblioteca centralizada en una única sede física en Aquisgrán o acaso dispersa en distintas residencias imperiales como Ingelheim, Ratisbona o Worms<sup>19</sup>.

De una carta de Alcuino de York fechada en el año 798 se deduce que la *Historia Naturalis* de Plinio se encontraba también in armario imperiali. De otra epístola se infiere, asimismo, que pudo consultar la *Altercatio Hadriani Augusti et Epicteti philosophi* en la biblioteca palatina<sup>20</sup>. Por otro lado, a partir de referencias indirectas en las obras de Pedro de Pisa y Pablo el Diácono se puede inferir que se podían encontrar en palacio las obras de los gramáticos Donato, Diomedes y Pompeyo Festo (de las que el propio Pablo el Diácono realizó un epitome que envió a la biblioteca palatina), los *Carmina* de Enodio de Pavía, las obras bucólicas del galorromano Rutilio Namaciano y el latino Calpurnio, el *Cynegeticon* de Gratius y las *Silvae* de Estacio<sup>21</sup>. Del mismo modo, de un poema dedicatorio del escriba áulico Godescalco (año 783) se puede deducir que la *Mensuratio Orbis* (un antiguo ma-

\* Posible procedencia, aunque todavía es solo una conjetura.

<sup>17</sup> “Quis saltem poterit seriem enumerare librorum / quos tua de multis copulat sententia terris / sanc-torium renovans patrum conscripta priorum” (WIGBOD, *Quaestiones in Octateuchum*, *Monumenta Ger-maniae Historica*, Poetae, I, p. 95; D. BULLOUGH, *Charlemagne’s Court Library*, art. cit., p. 340).

<sup>18</sup> A. GUERREAU-JALABERT, *La renaissance carolingienne: modèles culturels*, art. cit., p. 19.

<sup>19</sup> R. MCKITTERICK, *Charlemagne*, op. cit., pp. 347-350.

<sup>20</sup> D. BULLOUGH, *Charlemagne’s Court Library*, art. cit., p. 347.

<sup>21</sup> D. BULLOUGH, *Charlemagne’s Court Library*, art. cit., p. 346.

nual escolar de geografía basado en el mapa de Agripa) también pudo haber sido copiada para el emperador, así como el Liber Medicinalis de Quinto Sereno<sup>22</sup>.

Los papas Adriano I y León III contribuyeron al acrecentamiento de la biblioteca palatina de Aquisgrán con el envío desde Roma primeramente de la Collectio de cánones del siglo VI conocida como Dionysio Hadriana año 774)<sup>23</sup>, el primer códice poseído por Carlomagno del que hay evidencia documental<sup>24</sup> y posteriormente del Liber Pontificalis<sup>25</sup>. Bischoff consideró auténtica una lista de libros regalados al emperador en el año 805 por el papa León III que incluía un comentario de las epístolas paulinas debido a san Clemente de Alejandría y Dídimo el Ciego, un comentario de la Epístola a los Hebreos de san Juan Crisóstomo y, finalmente, un comentario de Orígenes a la Epístola a los Romanos<sup>26</sup>. También se unió a estas donaciones de códices el abad Teodemaro de Montecassino (m. 797), quien remitió al emperador el codex authenticus (autógrafo de san Benito de Nursia) de la Regula Sancti Benedicti. Otro abad, Adán de Masmünster, hizo llegar a Carlomagno un manuscrito de la anteriormente mencionada Grammatica de Diomedes<sup>27</sup>.

Alcuino de York también tuvo arte y parte en la provisión de fondos libraros para el *armarium* de su regio discípulo. Habiendo sido él mismo bibliotecario de York en su juventud, no tuvo especiales dificultades en conseguir el epistolario de Séneca, el comentario de las diez *Categoriae* de Aristóteles que hizo el Pseudo-Agustín, una copia de la Biblia Vulgata, el *Periermeneias* de Apuleyo, el comentario del *Periermeneias* de Aristóteles que escribió Boecio y el *Libellus Annalis* de san Beda el Venerable (un poema sobre el cómputo eclesiástico)<sup>28</sup>.

Obras que estaban en el *armarium* imperial pero de las que se desconoce su procedencia son las *Institutiones* de Casiodoro (solo el libro II), las *Etymologiae* de san Isidoro (el libro I), el *De Doctrina Christiana* de san Agustín (quizá dentro de un códice con una recopilación de pasajes de algunas de sus obras menores), el *Excerptum de IV Elementis*, el Carmen de Ventis, los *Carmina Figurata* de Optaciano Porfirio, un *excerptum* de las obras de Boecio, el *In Laudem Iustini* de Flavio Cresconio Coripo, el tratado exegético de Julián de Toledo conocido como Anticeimemon, el De Grammatica de Mario Victorino, un comentario del *De Centum Metris* del gramático Servio Aquilino, el *De Inventione* de Cicerón y la *Historia Ecclesiastica Gentis Anglorum* de san Beda el Venerable (copiada en el scriptorium palatino

<sup>22</sup> B. BISCHOFF, *The Court Library of Charlemagne*, art. cit., p. 57 y D. BULLOUGH, *Charlemagne's Court Library*, art. cit., pp. 346-347.

<sup>23</sup> Sobre esta importante *Collectio* canónica, vid. Hubert MORDEK, «Dyonisio Hadriana und Vetus Gallica: Historische geordnetes und systematisches Kirchenrecht am Hofe Karls des Grossen», *Zeitschrift der Savigny-Stiftung für Rechtsgeschichte*, 56, 1969, pp. 39-69.

<sup>24</sup> D. BULLOUGH, *Charlemagne's Court Library*, art. cit., p. 344.

<sup>25</sup> B. BISCHOFF, *The Court Library of Charlemagne*, art. cit., pp. 58-59.

<sup>26</sup> B. BISCHOFF, *The Court Library of Charlemagne*, art. cit., pp. 58-59 y D. BULLOUGH, *Charlemagne's Court Library*, art. cit., p. 352.

<sup>27</sup> B. BISCHOFF, *The Court Library of Charlemagne*, art. cit., p. 60.

<sup>28</sup> B. BISCHOFF, *The Court Library of Charlemagne*, art. cit., pp. 61 y 64; de una epístola de Alcuino de York se puede deducir que el *De Anima* de San Agustín se encontraba en la biblioteca regia (*Epistolae, Patrologia Latina*, 101, col. 645).

para el emperador en torno al 800)<sup>29</sup>. Donald Bullough sugiere que también resulta probable que estuviera disponible en la biblioteca de Carlomagno una obra tan influyente en el mundo carolingio como el *De Consolatione Philosophiae* de Boecio<sup>30</sup>.

Por supuesto, además de todas estas obras del pasado, muy raras y difíciles de encontrar en su tiempo, hay que añadir a este elenco buena parte de la producción literaria y teológica de la época, que era remitida a palacio. Y es que casi todas las obras de Alcuino de York, los *Libri Carolini*, los opúsculos de Teodulfo de Orléans, Pablo el Diácono, Paulino de Aquilea o Dungal de Pavía, así como los poemas de Angilberto de Saint-Riquier debían figurar en el catálogo del armarium del emperador.

Podemos concluir, por tanto, que Carlomagno, primordialmente interesado en la Apologética cristiana y los Santos Padres, también tuvo acceso a un cierto número de obras de la Antigüedad Clásica, tanto literarias como filosóficas. Particularmente interesante resulta el hecho de que el emperador, imbuido de su papel de Rey filósofo gracias a la influencia que sobre él ejercía Alcuino de York, tuviera acceso a obras con un discurso sapiencial como las de Casiodoro, Boecio o san Clemente de Alejandría<sup>31</sup>.

Con todo, Donald Bullough ha subrayado el hecho de que la biblioteca palatina de Carlomagno estuviera sobre todo poblada por manuales de uso escolar y que seguramente había varias abadías en Inglaterra y ambos lados del río Rhin con bibliotecas mejor nutridas que la de Aquisgrán<sup>32</sup>. En cualquier caso, la biblioteca de Carlomagno contribuyó, sin duda, a la preservación de buena parte del legado literario clásico y patristico.

## 2.2. LA BIBLIOTECA DE LUIS EL PIADOSO

Como veíamos anteriormente, Eginardo relata en su *Vita Karoli* que el fallecimiento de Carlomagno fue seguido de la dispersión de los códices contenidos en su biblioteca, siendo vendidos a particulares de cara a subvenir a las necesidades de los pobres<sup>33</sup>, ya que, al parecer, no eran de gran interés para su sucesor, quien podría haberse hecho fácilmente con ellos y sólo recuperó los *Libri Carolini*, la *Mensuratio Orbis*, las obras de Alcuino de York y la Regla de san Benito<sup>34</sup>.

Esta dispersión del legado librario de Carlomagno coincidió con el final abrupto de la producción de manuscritos (cuyas miniaturas eran de una calidad artística sin

---

<sup>29</sup> D. BULLOUGH, *Charlemagne's Court Library*, art. cit., pp. 351-359. A los que acaso quepa añadir, si Bullough está en lo cierto en sus conjeturas, el *De Architectura* de Vitrubio, el *De Natura Rerum* de Beda el Venerable y las *Décadas* de Tito Livio.

<sup>30</sup> D. BULLOUGH, *Charlemagne's Court Library*, art. cit., p. 351.

<sup>31</sup> Manuel Alejandro RODRÍGUEZ DE LA PEÑA, *Los reyes sabios. Cultura y poder en la Antigüedad Tardía y la Alta Edad Media*, Madrid, 2008, pp. 427-440.

<sup>32</sup> D. BULLOUGH, *Charlemagne's Court Library*, art. cit., p. 363.

<sup>33</sup> EGINARDO, *Vita Karoli*, c. 33, loc. cit.

<sup>34</sup> Bernhard BISCHOFF, «*The Court Library under Louis the Pious*», *Manuscripts and Libraries in the Age of Charlemagne*, op. cit., p. 77, n.º 11 (ed. ingl. de «Die Hofbibliothek unter Ludwig der Frommen», *Medieval Learning and Literature: Essays Presented to Richard W. Hunt*, ed. J.J.G. Alexander, Oxford, 1977, pp. 3-22).



igual en el resto del imperio) en el *scriptorium* palatino<sup>35</sup>, una coincidencia cuyo cese parece indicar que, con Luis el Piadoso, la corte de Aquisgrán abdicó de buena parte de su papel de liderazgo en la vida cultural del imperio. Además, parece ser que Luis aborrecía las obras literarias de los autores grecolatinos que había leído en su niñez en la schola palatina en los días de Alcuino de York, en la que era preceptiva la enarratio poetarum<sup>36</sup>. En esta actitud de Luis el Piadoso se vislumbra, sin duda, una ruptura con el didascalismo de la Academia palatina de Aquisgrán en los tiempos de su padre.

Empero, tanto Bernhard Bischoff como Josef Fleckenstein han insistido en que los factores de continuidad cultural fueron más fuertes que los de ruptura durante este período. En concreto, Bischoff menciona algunos hechos que pueden contribuir a revalorizar el perfil sapiencial de Ludovico Pío<sup>37</sup>. Como, por ejemplo, el mismo hecho de que el emperador designara a un *palatii bibliothecarius* en la persona del monje alemán Gerward de Lorsch (circa 814-828), quien parece que participó en la redacción de los *Annales* de Xanten<sup>38</sup>.

En este sentido, resulta significativo que la función de bibliotecario palatino fuera considerada lo suficientemente importante por el emperador como para que Gerward de Lorsch suscribiera como confirmante los diplomas imperiales junto a otros oficiales de palacio, tales como el *hostiarius* o el *mansionarius*.

Además, hay que considerar el gran número de obras que engrosaron la biblioteca de Luis el Piadoso, sin contar las que le dedicaron los intelectuales de su tiempo (como el *De Laudibus Sanctae Crucis* de Rábano Mauro o el *De Spiritu Sancto* de Teodulfo de Orléans). Entre ellas cabe mencionar el *De Doctrina Christiana*, el *De Genesi contra Manicheos* y el *De Genesi ad litteram* de san Agustín, el *Epitome Iustinii*, el *Epitome Aegidiana*, el *Epitome Iuliani*, las *Epistulae Morales* de Séneca, la *Historia Naturalis* de Plinio, el *Peri Archon* de Orígenes de Alejandría (en la traducción latina de Rufino de Aquilea), las obras filosóficas de Apuleyo, un *Tractatus* de san Cipriano de Cartago, los *Carmina* de Sidonio Apolinar, las obras del gramático Mario Victorino, el *Corpus Agrimensorum Romanorum*, las obras de Marciano Capella, las *Epistulae ad familiares* de Cicerón, así como un compendio de leyes que incluía la *Lex Ripuaria*, la *Lex Salica*, la *Lex Burgundiorum* y la *Lex Visigothorum*<sup>39</sup>.

Un elenco considerable de códices, una «cantidad inmensa de libros» como la describía Rábano Mauro en el año 829, que no tiene mucho que envidiar al de su

<sup>35</sup> B. BISCHOFF, *The Court Library under Louis the Pious*, art. cit., p. 77.

<sup>36</sup> THEGAN DE TRÉVERIS, *Carmen XIX*, ed. M.G.H. *Scriptores*, t. 2, p. 594 (apud B. BISCHOFF, *The Court Library under Louis the Pious*, art. cit., p. 77, n.º 8).

<sup>37</sup> B. BISCHOFF, *The Court Library under Louis the Pious*, loc. cit., y J. FLECKENSTEIN, *Die Hofkapelle der deutschen Könige (I)*, op. cit., p. 231 y ss. También Rudolf SCHIEFFER ha apostado por revalorizar la política cultural de Luis el Piadoso (vid. «Ludwig der Fromme. Zur Entstehung eines karolingischen Herrscherbeinamens», *Frühmittelalterliche Studien*, 16, 1982, pp. 58-73).

<sup>38</sup> B. BISCHOFF, *The Court Library under Louis the Pious*, art. cit., p. 78; Heinz LÖWE, «Studien zu den Annales Xantenses», *Deutsches Archiv*, 8, 1950, p. 88 y ss.

<sup>39</sup> B. BISCHOFF, *The Court Library under Louis the Pious*, art. cit., pp. 79-91, y *Libraries and Schools in the Carolingian Revival of Learning*, art. cit., pp. 97-98.

padre si bien no lo supera. Con todo, el tono general de estas obras (a excepción de las de Marciano Capella) es menos didascálico y de contenido más piadoso que el de las del armarium de Carlomagno.

Con todo, Luis el Piadoso mostró una cierta preocupación legislativa por el cuidado de las bibliotecas. Así, en una encíclica imperial dirigida a los arzobispos del Imperio carolingio en el año 817, Ludovico Pío insistía en la importancia que para el episcopado tenía el don de la ciencia así como en la cuidadosa preservación del legado de las bibliotecas, de forma que se corrigieran los textos «transcritos con negligencia»<sup>40</sup>. A la muerte del emperador, su hermanastro el arzobispo de Metz, Drogón (hijo bastardo de Carlomagno), se haría cargo de la distribución de los numerosos códices de la biblioteca palatina de Luis el Piadoso, por encargo de éste en su lecho de muerte<sup>41</sup>.

### 2.3. LOS HIJOS DE LUIS EL PIADOSO Y SUS BIBLIOTECAS

Al menos seis ricos códices carolingios conservados en la actualidad (un Sacramentario, un Salterio y cuatro Evangelios) proceden del *scriptorium* del hijo mayor de Luis el Piadoso, el emperador Lotario, un gobernante de fuertes inquietudes intelectuales que no se separaba ni siquiera en sus campañas militares de su rica biblioteca. En su *scriptorium* trabajaba un pequeño grupo de escribas, aunque no se sabe si de forma estacional o permanente. De los seis códices antes mencionados nos consta que estaban destinados al uso personal de Lotario al menos tres de ellos<sup>42</sup>. No podemos tampoco dejar de citar la presencia en el aula regia de Lotario en la ciudad lombarda de Pavía de todo un equipo de notarios y escribas.

Que, en efecto, Lotario fue un gobernante que amaba los libros lo revelan la dedicatoria de varios tratados exegéticos (sobre los libros de Jeremías y Ezequiel, este último a petición expresa del emperador) por parte del abad de Fulda, Rábano Mauro, en el prefacio de uno de los cuales éste alude a la lectura competente de ellos por parte del emperador<sup>43</sup>. Su propio preceptor, el maestro irlandés Clemente, le dedicaría su *Ars Grammatica*, con un poema dedicatorio que alude al interés de Lotario por la sabiduría de los antiguos<sup>44</sup>.

Ahora bien, de entre los hijos de Luis el Piadoso fue sin duda Carlos el Calvo (reg. 840-877) el que demostró una mayor pasión por los libros. No en vano, Carlos el Calvo surge ante nuestra mirada como un verdadero *Rex litteratus*, un auténtico príncipe del renacimiento carolingio según la plástica definición acuñada por el

<sup>40</sup> LUIS EL PIADOSO, *Encyclica ad archiepiscopos*, ed. G.H. Pertz, *Ludovici I Capitularia*, op. cit., p. 220.

<sup>41</sup> B. BISCHOFF, *The Court Library under Louis the Pious*, art. cit., p. 92.

<sup>42</sup> Rosamond MCKITTERICK, «Royal patronage of culture in the Frankish Kingdoms under the carolingians: motives and consequences», *Committenti e produzione artistico-letteraria nell'Alto Medioevo occidentale*, XXXIX *Settimane di studio del Centro Italiano di studi sull'Alto Medioevo*, Espoleto, 1991, p. 105.

<sup>43</sup> J.W. THOMPSON, *The Literacy of the Laity*, op. cit., pp. 30-31.

<sup>44</sup> B. BISCHOFF, *Libraries and Schools in the Carolingian Revival of Learning*, art. cit., p. 98.

profesor Wallace-Hadrill, quien le ha caracterizado como «el personaje más grande de su dinastía si exceptuamos a su abuelo, Carlomagno. Piadoso, reservado, implacable, sofisticado, autoritario, un auténtico príncipe del renacimiento y, por ello, un hombre peligroso en cualquier caso»<sup>45</sup>. En este sentido, resulta muy indicativo el hecho de que más de cincuenta obras sobre diferentes cuestiones le fueron dedicadas a lo largo de su largo reinado<sup>46</sup>.

Estos son, sumariamente, los escasos datos disponibles sobre la existencia de una biblioteca palatina de Carlos el Calvo: a/ en el capitular de Quierzy (14 de Junio del año 877) el monarca franco, dentro de sus disposiciones testamentarias, establecía que sus libros debían ser divididos entre sus hijos y sus dos monasterios favoritos (Saint-Denis y Santa María de Compiègne); b/ la bibliotheca real es mencionada en un poema latino dedicado al Rey en el preámbulo de la llamada Biblia Viviana; y c/ en las actas del Sínodo de Ponthion (año 876) se alude al abad Hilduino de Saint-Bertin como abbas et bibliothecarius. Teniendo en cuenta que era capellán y notario palatino, se puede inferir que era bibliotecario palatino del rey Carlos, ya que no tiene sentido que lo fuera del cenobio del que ya era abad<sup>47</sup>.

Y es que, si bien es cierto que en la cancillería de Carlos el Calvo florecieron un cierto número de clérigos instruidos, tales como Pardulo, obispo de Laon, Luis, abad de Saint-Denis o Ebroin, obispo de Poitiers, sin duda, el más interesante de ellos fue este bibliothecarius, el monje Hilduino, sucesor del gran Alcuino de York en la abadía de San Martín de Tours y posteriormente abad de Saint-Bertin y Saint-Germain des Prés.

En la nutrida biblioteca de Carlos el Calvo hay constancia documental de que se encontraban obras tales como el *De Arithmetica* de Boecio (regalo del propio Hilduino, había sido copiado en el scriptorium de Tours), algunas obras menores de san Agustín (expresamente copiadas en un *scriptorium* para el Rey), el *Epitome Rei Militaris* de Vegecio (en una edición del obispo Freculfo de Lisieux especialmente dedicada al monarca), el *Epitome* de Caesaribus de Aurelio Víctor, el *De Coelesti Hierarchia* del pseudo-Dionisio Areopagita (en la traducción latina de Escoto Erígena), el *De Cultu Imaginum* de Jonás de Orléans y la *Vita Karoli* de Eginardo<sup>48</sup>.

Por supuesto, seguramente otras muchas obras de las cuales no ha quedado constancia documental poblarían sus estantes, teniendo en cuenta además que también se encontrarían entre sus anaqueles obras dedicadas al propio Rey franco como el *Chronicon* de Freculfo de Lisieux o el *De Dissensionibus filiorum Hludowici Pii* de Nitardo de Saint-Riquier, así como al menos otros dieciocho libros que le fueron dedicados por intelectuales como Juan Escoto Erígena, el arzobispo Hincmar de Reims, Ratramno de Corbie, Heirico de Auxerre o el abad de Corbie, Pascasio Radberto<sup>49</sup>.

<sup>45</sup> John Michael WALLACE-HADRILL, «A Carolingian Renaissance Prince: the Emperor Charles the Bald», *Proceedings of the British Academy*, 64, 1978, p. 155.

<sup>46</sup> Pierre RICÉ, *Les carolingiens. Une famille qui fit l'Europe*, París, 1983, p. 321.

<sup>47</sup> Rosamond MCKITTERICK, «Charles the Bald (823-877) and his library: the Patronage of Learning», *English Historical Review*, 95, 1980, p. 28.

<sup>48</sup> R. MCKITTERICK, *Charles the Bald and his library*, art. cit., pp. 31-32, 35-36 y 40-41.

<sup>49</sup> R. MCKITTERICK, *Charles the Bald and his library*, art. cit., pp. 30 y 32-33.

En contraste con el erudito Carlos el Calvo, su hermanastro Luis el Germánico aparenta ser un príncipe guerrero sin excesivas inquietudes intelectuales. Pero solo a primera vista ya que Luis el Germánico no fue un patán ni un Rex illiteratus. Al menos si prestamos atención al hecho de que poseyera una importante biblioteca, tal y como apunta Bernhard Bischoff<sup>50</sup>. No deja de ser relevante, en este sentido, el hecho de que el abad Rábano Mauro le dedicara su enciclopédico *De Universo sive De Rerum Natura* y que el propio Luis el Germánico le solicitara un comentario del *Libro de Jeremías* para encontrar reposo de los tumultos políticos en la lectio divina<sup>51</sup>.

A partir del prefacio de estas obras se deduce de forma irrefutable que estas dedicatorias no eran meros formalismos y que el soberano alemán realmente leía con atención estas obras e incluso las debatía con sus clérigos áulicos para enmendarlas: «os envió este opúsculo, nobilísimo rey Luis, para que lo leáis y lo examinéis... si algo encontrarais que deba ser corregido, vos u otros, ya que tenéis con vosotros lectores muy expertos, achacadlo a mi impericia y mi fragilidad»<sup>52</sup>.

### 3. EMPERADORES Y BIBLIOTECAS EN EL REICH OTÓNIDA

Curiosamente, a pesar de su falta de interés por el mecenazgo, dos de los sucesores de Luis el Germánico en el trono teutónico, Arnulfo de Carintia y Conrado I (911-919), fueron protagonistas de incidentes relacionados con la sustracción de libros a bibliotecas monásticas. De esta forma, sabemos que Arnulfo fue reprendido por el abad de Fulda por sustraer de la biblioteca monástica un Evangelario, situación por la que también pasó Conrado en la abadía de Saint-Emmeran de Ratisbona<sup>53</sup>.

Con todo, tenemos que esperar al reinado de Otón II para encontrar de nuevo un monarca alemán interesado en los libros. Otón II ha sido definido por Pierre Riché como un gobernante que «pretendía ser un emperador lúcido y sabio, protector de los intelectuales»<sup>54</sup>. Habiendo recibido una educación esmerada en las Letras latinas y quizá las griegas, el emperador Otón II era un auténtico bibliófilo. En efecto, de creer al monje Ekkehard, sus visitas a la biblioteca de la abadía de Saint-Gall eran temidas por los monjes, ya que «tomaba prestados» gran número de códices en latín y griego<sup>55</sup>.

Aún más cultivado que Otón II fue su hijo y sucesor Otón III. El monje cronista francés del siglo XI Ademar de Chabannes lo define como un emperador-filósofo:

<sup>50</sup> Vid. Bernhard BISCHOFF, «Bücher am Hofe Ludwig des Deutschen und die Privatbibliothek des Kanzlers Grimalt», *Mittelalterliche Studien*, vol. 3, pp. 187-212.

<sup>51</sup> Pierre RICHÉ, *L'Empire carolingien (VIII<sup>e</sup>-IX<sup>e</sup> siècles)*, París, 1973, p. 268.

<sup>52</sup> «Quod etiam opusculum tibi, rex nobilissimus Hludowice... ad legendum et ad probandum direxi... si quid autem aliter per te vel eos, tecum habes peritissimos lectores, positum repereris, ignoscas imperitiae meae atque fragilitati» (apud J.W. Thompson, *Literacy and the Laity*, op. cit., p. 43, n. 39).

<sup>53</sup> J.W. THOMPSON, *The Literacy of the Laity*, op. cit., p. 82.

<sup>54</sup> Pierre RICHÉ, *Gerbert d'Aurillac, le Pape de l'an mil*, París, 1987, ed. esp. *Gerberto. El Papa del Año Mil*, Madrid, 1990, p. 51.

<sup>55</sup> Según relata EKKEHARD en su *Casus Sancti Galli* (c. 147); apud Kart J. LEYSER, *Communications and power in Medieval Europe*, Londres, 1994, pp. 151-152.

imperator qui philosophiae intentus<sup>56</sup>. Educado entre mujeres cultas y refinadas como su madre, su abuela y sus tres hermanas, fue un hombre a un tiempo sensible y místico, penitente habitual y uno de los mayores patrocinadores de las artes plásticas de toda la Edad Media<sup>57</sup>. Su biblioteca palatina fue más importante que cualquier otra que hubiera reunido un monarca alemán en el siglo X, contando con un mínimo de cuarenta y cuatro códices, la mayoría procedentes de scriptoria italianos y algunos de las bibliotecas palatinas carolingias. De entre ellos cabe destacar la presencia de obras de Plinio (la *Naturalis Historia*), Tito Livio (las *Historiae*), Séneca (sus *Epistolae*), Quintiliano, san Fulgencio, san Agustín (el *De Haeresibus*), Prisciano, Orosio, san Isidoro de Sevilla, Casiodoro (las *Institutiones*), Boecio (comentario del Isagogus de Porfirio), Juan Escoto Erígena, Heirico de Auxerre, Pascasio Radberto e Hincmar de Reims (la *Vita Sancti Remigii*)<sup>58</sup>.

Curiosamente, no hay presencia alguna de códices en lengua griega o de autores bizantinos a pesar de que sabemos que Juan Philogatos, cuando era preceptor del emperador, le regaló varios libros en esta lengua. Además, que sepamos, el joven emperador encargó al *scriptorium* de la abadía de Reichenau la elaboración de cuatro códices para su biblioteca personal. Estos suntuosos códices incluyen los cuatro Evangelios, el *Cantar de los Cantares*, el *Libro de Daniel* (comentado) el *Libro de los Proverbios* y el *Libro de Isaías* (con glosa). También parece que el códice del *Apocalipsis* de Bamberg fue compuesto a petición de Otón III<sup>59</sup>.

De entre los obsequios de libros que recibió el emperador conocemos las *Historiae* de Richer de Reims (regalo del propio autor), un códice de Boecio (regalo del obispo Bernardo de Hildesheim), el *De Natura Rerum* de san Isidoro de Sevilla y el *De Arithmetica* de Boecio (ambos regalo de Gerberto de Aurillac). Este último había pertenecido al rey Carlos el Calvo sin que sepamos cómo acabó en manos de Gerberto. Además, conocemos una serie de manuscritos que manejaban los clérigos de la capilla palatina de Otón. Entre ellos destacan las *Institutiones* de Justiniano, varios códices de Derecho Canónico y las Decretales pseudo-isidorianas<sup>60</sup>.

Enrique II, el último de los emperadores sajones, fue un digno sucesor de Otón III en lo que respecta a su condición de emperador-filósofo. Destinado en su juventud a la carrera eclesiástica por lo que, naturalmente, recibió una educación en las Artes Liberales, primero en la abadía de Hildesheim y después en Ratisbona. Todo apunta a que Enrique II podía leer latín con facilidad y tenía cierta reputación como bibliófilo. Así, cuando fundó la que sería luego su diócesis favorita, Bamberg,

<sup>56</sup> ADEMAR DE CHABANNES, *Chronicon*, III, 31, *M.G.H. Scriptores*, vol. 4, p. 129 (apud J. W. Thompson, *The Literacy of the Laity*, op. cit., pp. 84 y 103, nota 25).

<sup>57</sup> Josef FLECKENSTEIN, *Early Medieval Germany*, Amsterdam, 1978, p. 159.

<sup>58</sup> Florentine MUTHERICH, «The Library of Otto III», *The Role of the Book in Medieval Culture*, ed. Peter Ganz, Turnhout, 1986, vol. 2, pp. 11-26; Rosamond MCKITTERICK, «Continuity and Innovation in Tenth-Century Ottonian Culture», *Intellectual Life in the Middle Ages: Essays presented to Margaret Gibson*, ed. Lesley Smith, Londres, 1992, p. 16, y «Ottonian Intellectual Culture and the Role of Teophanu», *Early Medieval Europe*, 2, 1993, pp. 60-61.

<sup>59</sup> R. MCKITTERICK, *Ottonian Intellectual Culture*, art. cit., p. 59.

<sup>60</sup> R. MCKITTERICK, *Ottonian Intellectual Culture*, art. cit., pp 61-62.

<sup>61</sup> J. W. THOMPSON, *The Literacy of the Laity*, op. cit., p. 84.

proveyó a su catedral de una magnífica biblioteca, a la que hay que añadir su propia biblioteca personal. El meollo de su biblioteca palatina lo formaron los libros que heredó de Otón III, completados con los libros que Enrique II heredó de su maestro, el obispo Wolfgang de Ratisbona. Pero, sin duda, los códices más valiosos de su biblioteca, donados luego a la catedral de Bamberg, los adquirió durante su expedición al sur de Italia en 1022<sup>61</sup>.

Por otro lado, a pesar de esta brillante saga de imperatores litterati y a diferencia de lo que sucede con el mundo carolingio, no hay evidencia alguna de patronazgo directo por parte de los emperadores otónidas de grupos de escribas asociados de forma permanente a la corte imperial. No hubo una producción libraria estrictamente asociada al apoyo económico de la Realeza y en las bibliotecas de los emperadores otónidas apenas había libros copiados en scriptoria alemanes.

#### 4. REALEZA FEUDAL Y BIBLIOTECAS

Guglielmo Cavallo distingue para el periodo feudal entre bibliotecas monásticas, bibliotecas señoriales, propia de los bellatores, y “bibliotecas de Estado” (*biblioteche di Stato*)<sup>62</sup>. Estas últimas se distinguirían de las bibliotecas señoriales (cuyo origen estaría en las bibliotecas de la aristocracia laica carolingia<sup>63</sup> y que cuajarían definitivamente en el siglo XII) no por su propietario, ya que las bibliotecas de muchos reyes feudales se ajustaron a un modelo señorial, sino por sus características propias.

La biblioteca señorial de la época feudal pertenece a un ámbito estrictamente privado, sus contenidos suelen ser muy restringidos, o bien devocionales o bien de entretenimiento (literatura caballeresca sobre todo)<sup>64</sup>, sus códices están celosamente custodiados en un armarium cerrado, fácilmente transportable (biblioteca itinerante). La idea de tesaurización y custodia celosa del libro está presente, ya que no hay un espacio de lectura ni política bibliotecaria o proyecto cultural alguno<sup>65</sup>.

Por el contrario, la “biblioteca de Estado” (o palatina), cuyo primer ejemplo medieval es la biblioteca de Carlomagno, es un lugar semi-público, abierto a la consulta de los intelectuales del entorno palatino, está custodiada por un bibliotecario, además de la literatura piadosa, teológica y exegética acoge códices con contenidos escolásticos y de autores de la Antigüedad Clásica además de un gran número de crónicas, es decir, es reflejo de un cierto proyecto cultural, por difuso que este sea.

Lo cierto es que la mayor parte bibliotecas de los reyes feudales encajan mejor en el modelo de biblioteca señorial que en el de “biblioteca de Estado”, como no

<sup>62</sup> G. CAVALLO, «Introducción», *Le biblioteche nel mondo antico e medievale*, op. cit., pp. XVIII-XIX y XXVI-XXVII.

<sup>63</sup> Vid. Pierre RICHÉ, «Les bibliothèques de trois aristocrates laïcs carolingiens», *Le Moyen Age*, 69, 1963, pp. 87-104.

<sup>64</sup> Por ejemplo, conservamos un catálogo de la biblioteca de un noble laico francés de comienzos del siglo XIV, el señor de la Ferté en Ponthieu. El catálogo incluye 46 volúmenes, de los cuales solo seis son obras en latín. El resto eran romances épicos y obras piadosas en lengua vernácula.

<sup>65</sup> G. CAVALLO, «Introducción», *Le biblioteche nel mondo antico e medievale*, op. cit., p. XXVII.

podía ser de otra manera, dada la condición esencialmente nobiliaria, de primus inter pares de la Realeza feudal. Si muchos monarcas de la Feudalidad no se distinguieron por sus hábitos sociales y mentalidad de la aristocracia de sus reinos, sus bibliotecas no iban a escapar a esta dinámica.

Solo el luminoso renacimiento del siglo XII comenzaría a alterar algo esta realidad, preparando el advenimiento de las bibliotecas de Estado del Renacimiento Italiano. En efecto, al mismo tiempo que se producía una mutación de la Realeza feudal gracias a la recepción del Derecho Romano y de los modelos políticos de la Antigüedad Clásica, los príncipes del Occidente latino iban a convertirse en muchos casos en reges litterati ávidos de cultura libresca. Este fenómeno, que ha sido definido como la clericalización de la Realeza feudal (en el sentido de la ecuación acuñada por Herbert Grundmann: laicus=inlitteratus / clericus=litteratus)<sup>66</sup> sacó a los monarcas de las filas de los laicos, de los bellatores, para situarles en una esfera intermedia entre el clero y la nobleza. Y esto afectó a todos los ámbitos de la sociedad de corte, también a las bibliotecas.

También cabe insistir en que la cultura literaria y la alfabetización de los laicos de la Plena Edad Media también tuvieron su origen en el crecimiento de la burocracia y la administración y no solo en un deseo abstracto de educación y literatura. Aún con todo, este proceso de transformación de las “bibliotecas señoriales” de los reyes en bibliotecas palatinas sería muy lento y solo la proliferación de “bibliotecas de Estado” durante el Quattrocento le dará término.

#### 4.1. LAS BIBLIOTECAS Y LOS PRÍNCIPES EN LA FRANCIA CAPETA

En el siglo XI francés hubo duques y condes que sobrepasaron a los reyes por el tamaño de sus bibliotecas y su cultura personal. En este sentido, Ademaro de Chabannes nos brinda en su *Chronicon* un vívido retrato sapiencial de uno de los más destacados de entre ellos: el duque de Aquitania, Guillermo V el Grande (duc. 993-1030). El duque había recibido instrucción en Letras latinas en su juventud, conocía las Sagradas Escrituras y tenía una gran biblioteca en su palacio. Cuando se lo permitían los asuntos de gobierno dedicaba su tiempo a la lectura e incluso pasaba las noches de invierno en vela leyendo<sup>67</sup>. Según subraya Thompson, parece que «una de las mayores inquietudes del duque aquitano fue tener una buena biblioteca» y sabemos que entre sus tesoros más preciados estaba un manuscrito compuesto en letras de oro, un regalo del rey Canuto el Grande (quien curiosamente, era *illitteratus*)<sup>68</sup>.

En torno al año 1200 en lo alto de la jerarquía feudal francesa surgieron hombres con un cierto gusto por los placeres del intelecto, nobles que apreciaban los libros y a aquellos que los escribían, nobles que incluso escribieron ellos mismos

<sup>66</sup> Vid. Herbert GRUNDMANN, «Litteratus-Illitteratus: Der Wald einer Bildungsnorme von Altertum zum Mittelalter», *Archiv für Kulturgeschichte*, 40, 1958, pp. 42 y ss.

<sup>67</sup> ADEMARO DE CHABANNES, *Chronicon*, III, 54, ed. J. Chavanon, pp. 176-177: “Fuit dux iste a puericia doctus litteris, et satis noticiam scripturarum habuit. Librorum copiam in palatio suo servavit, et si forte a tumultu vacaret, lectioni per se ipsum operam dabat, longioribus noctibus elucubrans in libris, donec somno vinceretur” (J. W. THOMPSON, *The Literacy of the Laity*, op. cit., p. 128).

<sup>68</sup> J. W. THOMPSON, *The Literacy of the Laity*, op. cit., p. 129.

libros. Los poderosos condes de Flandes (Felipe de Alsacia, Balduino VIII y Balduino IX, que sería el primer emperador latino de Bizancio) fueron una dinastía de *comites litterati*, bien versados en las Letras. El conde Felipe en particular fue un hombre de gran cultura literaria y un mecenas de las Letras. Fue él quien regaló a Chrétien de Troyes un libro anglo-normando con relatos del Santo Grial del cual el poeta extrajo el material poético para su famoso poema artúrico en francés, el *Perceval*, obra que dedicó en justa correspondencia al conde. Consiguió reunir una importante biblioteca que puso a disposición de los poetas que frecuentaban su corte<sup>69</sup>. Mientras, en el Delfinado (Auvernia), el Delfín Roberto I formó una amplia biblioteca en la que recopiló toda clase de libros sobre las más diversas herejías y sectas, lo que llevó a muchos a hacerse preguntas sobre su ortodoxia<sup>70</sup>.

En contraste con estos ejemplos de nobles bibliófilos, el primer monarca capeto que cuidó de proveerse de una biblioteca palatina digna de ese nombre fue san Luis, doscientos años después de que lo hiciera Guillermo V de Aquitania. De entre sus augustos antepasados, apenas hay evidencia documental de que tuvieran el menor interés por los libros. De Luis VII (reg. 1137-1180) Robert Fawtier nos dice que amaba los libros, pero no aporta ninguna evidencia documental de que tuviera una biblioteca<sup>71</sup>.

Sea como fuere, lo cierto es que en un balance historiográfico publicado sobre los inventarios de bibliotecas del siglo XII, un trabajo del profesor Birger Munk Olsen<sup>72</sup>, no aparece mencionado un solo inventario de biblioteca regia en todo el Occidente latino, lo cual resulta muy significativo. Esta ausencia de inventarios para las bibliotecas regias (debido, sobre todo, a la inexistencia de bibliotecarios), a diferencia de lo que ocurre con las monásticas y catedralicias, supone un serio obstáculo a la hora de reconstruir posibles bibliotecas palatinas. Casi siempre el único instrumento válido para su estudio resultan ser los inventarios post mortem de bienes de un monarca difunto o su propio testamento y, en ocasiones, sus libros ni siquiera son mencionados.

En realidad, san Luis fue también el primer soberano francés desde los tiempos de Carlos el Calvo en valorar la importancia de una biblioteca para el uso de los clérigos y escolásticos. En efecto, según leemos en la *Vita Sancti Ludovici* de Godofredo de Beaulieu, san Luis, inspirado durante su cruzada egipcia por la práctica de un gran sultán sarraceno de ultramar de reunir grandes cantidades de libros de toda clase para uso de sus filósofos y considerando que los hijos de las tinieblas parecían ser más prudentes y celosos que los hijos de la luz a la hora de custodiar sus errores, estableció a su regreso a Francia una suerte de “biblioteca central” palatina, que hizo construir en un lugar apto y fuertemente resguardado junto a su capilla palatina de París<sup>73</sup>.

<sup>69</sup> J. W. THOMPSON, *The Literacy of the Laity*, op. cit., pp. 140-141.

<sup>70</sup> Achille LUCHAIRE, *La société française au temps de Philippe-Auguste*, París, 1909, p. 377; J. W. THOMPSON, *The Literacy of the Laity*, op. cit., p. 138.

<sup>71</sup> Robert FAWTIER, *Les Capetiens et la France*, París, 1958, ed. ingl. *The Capetian Kings of France: Monarchy and Nation (987-1328)*, Nueva York, 1966, p. 22.

<sup>72</sup> Vid. Birger Munk OLSEN, «Le biblioteche nel XII secolo negli inventari dell'epoca», *Le biblioteche nel mondo antico e medievale*, op. cit., pp. 137-162.

<sup>73</sup> GODOFREDO DE BEAULIEU, *Vita Sancti Ludovici*, XIII, ed. Bouquet, HF, XX, 15A; J. W. THOMPSON, *The Literacy of the Laity*, op. cit., p. 130.



Sin embargo, Jacques Le Goff, en su monumental biografía del Rey santo ha señalado que esta biblioteca fue personal y que no alcanzó la dimensión institucional de una “biblioteca de Estado”, una dimensión que solo se alcanzaría con Carlos V el Sabio<sup>74</sup>. También apunta que en ningún caso fue san Luis “un coleccionista de manuscritos”<sup>75</sup>. Ahora bien, Le Goff menciona, sin citar la fuente, el dato proporcionado por Godofredo de Beaulieu respecto a la fuente de inspiración que supuso para Luis IX la biblioteca del Sultán, pero no somete a crítica esta fuente en lo tocante a las dimensiones de la biblioteca palatina del monarca francés<sup>76</sup>.

Y es que el cronista menciona expresamente el hecho de que la biblioteca de san Luis estaba abierta a los literatos y al clero de su corte para su provecho y la edificación de sus prójimos (“viri litterati ac religiosi familiares sui ad utilitatem ipsorum et aedificationem proximorum”) y que contaba con un scriptorium encargado de copiar libros procedentes de todas las abadías de Francia y enviarlos a esta biblioteca palatina. El propio san Luis utilizaba esta biblioteca para su estudio (*libenter studebat*) en sus ratos de ocio<sup>77</sup>. A nuestro juicio, la crónica está describiendo una biblioteca de Estado en todos sus aspectos y no una biblioteca particular. Téngase en cuenta que estamos hablando de una biblioteca de Estado de una monarquía del siglo XIII, no de una biblioteca del Renacimiento italiano.

Según Godofredo de Beaulieu, el Rey santo tenía un genuino amor por los libros, pero en particular tenía preferencia por las obras auténticas y probadas de los Santos Padres (son mencionados san Agustín, san Gregorio Magno, san Ambrosio y san Jerónimo) por encima de las de los filósofos y maestros seculares<sup>78</sup>. A propósito de esto, Le Goff subraya que al genuino interés del Rey santo por la sana doctrina católica hay que añadir la dimensión del prestigio personal vinculado a la

<sup>74</sup> Jacques LE GOFF, *Saint Louis*, París, 1996, p. 579.

<sup>75</sup> J. LE GOFF, *Saint Louis*, op. cit., p. 581.

<sup>76</sup> J. LE GOFF, *Saint Louis*, op. cit., pp.579-580.

<sup>77</sup> GODOFREDO DE BEAULIEU, *Vita Sancti Ludovici*, XIII, ed. Bouquet, HF, XX, 15A: “Audivit fidelis Rex, dum adhuc esset ultra mare, de quodam magno Sarracenorum Soldano, quod omnia librorum genera, quae necessaria esse poterant philosophis sarracenis, diligenter faciebat inquiri, et sumptibus suis scribi, et in armario suo recondi; ut litterati eorum librorum copiam possent habere, quoties indigerent. Considerans igitur Pius Rex, quod filii tenebrarum prudentiores esse videntur filiis lucis, et erroris sui amplius zelatores quam sint filii Ecclesiae verae fidei christianae; concepit, quod revertem in Franciam, omnes libros Sacrae Scripturae, quos utiles et authenticos in diversis armariis abbatiarum invenire valerte, transcribi sumptibus suis faceret, ut tam ipse quam viri litterati ac religiosi familiares sui in ipsis studere possent, ad utilitatem ipsorum et aedificationem proximorum. Sicut cogitavit, ita et reversus perfecit, et locum aptum et mortem ad hoc aedificari fecit, scilicet Parisiis in capellae suae thesauro, ubi plurima originalia tam Augustini, Ambrosii, Hieronymi, atque Gregorii, necnon et aliorum orthodoxum doctorum libros seditate congregavit: in quibus, quando sibi vacabat, valde libenter studebat, et alii ad studendum libenter concedebat... Potius autem volebat de novo facere libros scribi, quam emere jam conscriptos, dicens, quod hoc modo sacrorum librorum numerus et utilitas copiosius augebatur” (J. W. THOMPSON, *The Literacy of the Laity*, op. cit., p. 130).

<sup>78</sup> GODOFREDO DE BEAULIEU, *Vita Sancti Ludovici*, XIII, ed. Bouquet, HF, XX, 15D: «Non libenter legebat in scriptis magistralibus, sed in sanctorum libris authenticis et probatis» (J. W. THOMPSON, *The Literacy of the Laity*, op. cit., p. 130).

posesión de bellos y costosos libros magníficamente iluminados con miniaturas, “libros con un carácter imperial”, unos códices que “cruzaban el límite entre el arte y la política”<sup>79</sup>.

Con todo, lo cierto es que a lo largo del siglo XIII los reyes de Francia, a pesar de su creciente interés por los libros, no serán nunca los principales mecenas del Reino en cuanto a producción de códices se refiere, sino los numerosos clientes generados por la Universidad de París. Los clientes universitarios desplazaron en el mercado de libros de París a monasterios y reyes como el epicentro del patronazgo<sup>80</sup>.

Si todavía pueden existir dudas sobre la verdadera dimensión de la biblioteca de san Luis, sobre lo que no hay ya debate alguno es sobre las características de biblioteca de Estado de la reunida cien años después por el rey Carlos V el Sabio (reg. 1364-1380). En efecto, el monarca francés acondicionó en 1373 en una de las torres del Louvre tres plantas como salas de su inmensa biblioteca que en ese momento contaba con 917 volúmenes<sup>81</sup>.

A su muerte, en el año 1380, el catálogo de la biblioteca real en el Louvre recogía la enorme cifra de 1.300 volúmenes<sup>82</sup>. Si se tiene en cuenta que en esta época la biblioteca particular de los grandes maestros de la Universidad de París no superaban el centenar de códices, una biblioteca capitular no superaba los doscientos, la de la Sorbona con 1.722 (catálogo de 1338) y que las grandes bibliotecas monásticas francesas de Clairvaux o Saint-Denis contaban con 1.700 y 1.600 volúmenes (catálogo de 1465)<sup>83</sup>, se entenderá fácilmente la dimensión extraordinaria de la biblioteca palatina del monarca, solo igualada por la Biblioteca pontificia (unos 2.000 volúmenes en los inventarios de Aviñón de 1369 y 1375)<sup>84</sup> y por el duque Felipe el Bueno de Borgoña, que llegó a reunir 800 volúmenes<sup>85</sup>.

#### 4.2. LAS BIBLIOTECAS DE LA DINASTÍA ANGLO-NORMANDA

El profesor Clanchy ha señalado que “el abandono del Old English en la documentación de la cancillería real y su sustitución por el latín” tras la conquista normanda de Inglaterra supuso un hito cultural, ya que los normandos y extranjeros que llegaron en las postrimerías del año 1066 a las Islas Británicas inundaron las bibliotecas

<sup>79</sup> J. LE GOFF, *Saint Louis*, op. cit., p. 580; Vid. Jacques KRYNEN, *L'Empire du roi. Idées et croyances politiques en France (XIII<sup>e</sup>-XV<sup>e</sup> siècles)*, París, 1993.

<sup>80</sup> George D. GREENIA, «University Book Production” and Courtly Patronage in Thirteenth-Century France and Spain», *Medieval Iberia: Essays on the History and Literature of Medieval Spain*, ed. D. J. Kagay y J. T. Snow, Nueva York, 1997, p. 108.

<sup>81</sup> Antonio ANTELO IGLESIAS, «Las bibliotecas del Otoño medieval. Con especial referencia a las de Castilla en el siglo XV», *Espacio, Tiempo y Forma, S. III, Historia Medieval*, 4, 1991, p. 290.

<sup>82</sup> Jacques VERGER, *Les gens de savoir en Europe a la fin du Moyen Age*, París, 1997, ed. esp. *Gentes del saber en la Europa de finales de la Edad Media*, Madrid, 1999, p. 99; vid. François AVRIL y Jean LAFURIE, *La librairie de Charles V*, París, 1968.

<sup>83</sup> Bernard GUENÉE, *Histoire et culture historique dans l'Occident medieval*, París, 1980, p. 104.

<sup>84</sup> A. ANTELO IGLESIAS, «Las bibliotecas del Otoño medieval», art. cit., p. 290.

<sup>85</sup> Vid. C. CASPAR y F. LYNA, *Philippe le Bon et ses beaux livres*, Bruselas, 1944 y *La librairie de Philippe le Bon*, Bruselas, 1967.

monásticas y catedralicias con donaciones de libros en latín o el encargo de nuevos manuscritos<sup>86</sup>. Por consiguiente, sostiene Clanchy, “el siglo posterior a la conquista normanda es el más importante en la historia de la producción de libros de Inglaterra”<sup>87</sup>. Al incrementar el uso del latín en la escritura, la conquista normanda introdujo a Inglaterra y sus bibliotecas en el meollo de la civilización latina medieval.

Resulta curioso el hecho de que Juan Sin Tierra sea el primer monarca desde la Conquista normanda del que tenemos evidencia de que poseyera una biblioteca. Como subraya Haskins, Juan no era precisamente “un ratón de biblioteca” (*book-worm*)<sup>88</sup>. Esto resulta sorprendente si tenemos en cuenta que Enrique I Beauclerc fue un Rex litteratus y que Enrique II fue considerado como el monarca más cultivado de su tiempo y un “mecenas sin rival”<sup>89</sup>. De hecho, Haskins da por descontado que este último soberano reunió una biblioteca, aunque solo fuera con la enorme cantidad de libros que le dedicaron, entre ellos obras tan destacadas como el *Dragmaticon Philosophiae* del filósofo Guillermo de Conches<sup>90</sup>. Con todo, no disponemos evidencia documental de sus bibliotecas en forma de catálogos. En cambio, este dato no resulta tan sorprendente si se tiene presente que “los libros del rey de Inglaterra estuvieron mucho peor custodiados y registrados durante mucho tiempo que los de los monjes benedictinos o los frailes mendicantes”<sup>91</sup>.

Lo cierto es que la evidencia documental de los libros del rey Juan procede de una referencia casual en los archivos reales. Una referencia en los *pipe rolls* del Tesoro de 1203 alude al elevado coste de transportar los libros del Rey al otro lado del Canal, lo que indica que Juan Sin Tierra poseía una biblioteca personal del tamaño de toda una biblioteca monástica<sup>92</sup>.

Sin embargo, sobre los contenidos de esta biblioteca o su ubicación apenas tenemos información. En el año 1205 el Rey recibió de uno de sus senescales (steward) una *Historia de Inglaterra* romanceada (esto es, en francés). En 1208 la abadía de Reading le envió un ejemplar latino de Plinio (sin más especificaciones) que parece que le pertenecía originalmente. Unos pocos días antes esa misma abadía había hecho llegar al Rey una copia del Antiguo Testamento, el *De Civitate Dei* de san Agustín, una obra de Hugo de Saint Victor (*Summa de Sacramentiis*), las *Sententiae* de Pedro Lombardo, el *De Moribus* de Valeriano, un *Comentario* de Orígenes y algunos textos escolásticos<sup>93</sup>.

---

<sup>86</sup> Vid. R. M. THOMSON, «The Norman Conquest and English Libraries», *The Role of the Book in Medieval Culture*, ed. P. F. Ganz, vol. 1, 1986, pp. 27-40.

<sup>87</sup> M. T. CLANCHY, *From Memory to Written Record. England 1066-1307*, Oxford, 1993, p. 27.

<sup>88</sup> Charles Homer HASKINS, *The Renaissance of the Twelfth Century*, Cambridge, Ma., 1927, p. 84.

<sup>89</sup> Reto R. BEZZOLA, *Les origines et la formation de la littérature courtoise en Occident (500-1200)*, París, 1967, p. 3; J. W. THOMPSON, *The Literacy of the Laity*, op. cit., p. 176.

<sup>90</sup> CH. H. HASKINS, *The Renaissance of the Twelfth Century*, op. cit., p. 84 y, del mismo autor, «Henry II as Patron of Literature», *Essays in Medieval History Presented to T. F. Toul*, Manchester, 1925, p. 174.

<sup>91</sup> M. T. CLANCHY, *From Memory to Written Record*, op. cit., p. 161.

<sup>92</sup> William L. WARREN, *King John*, Londres, 1961, p. 157.

<sup>93</sup> CH. H. HASKINS, *The Renaissance of the Twelfth Century*, op. cit., p. 85; J. W. THOMPSON, *The Literacy of the Laity*, op. cit., p. 179.

Esta última referencia es la más interesante, ya que era habitual que un laico leyera historias romanceadas o que tuviera en su biblioteca a un clásico como Plinio, pero Juan Sin Tierra es el primer monarca europeo del que se tiene noticia de que leyera teología de los escolásticos modernos del siglo XII. Con todo, es probable que su interés procediera de su disputa con Esteban Langton sobre los privilegios del clero<sup>94</sup>. Además, los libros los pidió en préstamo a la abadía de Reading y no con el fin de adquirirlos. Este episodio demuestra que el gobierno real y el propio monarca ya precisaban de una biblioteca de referencia, en particular para abordar asuntos eclesiásticos<sup>95</sup>.

No obstante, el sucesor de Juan, Enrique III, no parece que llegara a reunir una biblioteca digna de tal nombre. Tan solo poseyó libros litúrgicos y algunas historias romanceadas. Enrique III fue antes un patrón de artistas y artesanos antes de que de intelectuales. Encargó numerosos misales miniados para su esposa y para sí mismo, al igual que patrocinó la construcción de numerosas capillas en toda Inglaterra. Su esposa, Eleanor, parece que poseía un gran libro en francés en el que estaban contenidas las gestas de los reyes y del principado de Antioquía, un libro que custodiaban los Templarios junto a otros elementos del tesoro real. Y es que este libro debe de ser el mismo que el gran libro de romances con guarniciones de plata que es mencionado en un inventario de Enrique III de 1237. Estos libros eran antes parte de un tesoro que libros para su uso en búsqueda de información, de ahí que fuera custodiado por los Templarios<sup>96</sup>.

Tampoco existe evidencia de que Eduardo I poseyera una biblioteca. Cuando quiso reclamar la soberanía sobre Escocia en 1291 tuvo que recurrir a las bibliotecas monásticas para que consultaran sus crónicas, ya que no tenía libros de historia a su alcance (si bien la biblioteca de la abadía de Westminster era de fácil acceso para el Rey). Pocos libros podemos encontrar en el catálogo que hizo el obispo Stapledon del archivo del rey Eduardo. Entre estos pocos libros había un *De Regimine Principum* encuadernado en cuero rojo, una Regla de los Templarios, una Vida de san Patricio y un libro con las crónicas de Rodrigo Jiménez de Rada, arzobispo de Toledo (¿el *De Rebus Hispaniae*?), acaso fruto de la relación del rey Eduardo con Alfonso el Sabio, quien le ordenó caballero. Con todo, este catálogo da más la impresión de ser una miscelánea de regalos y adquisiciones que una colección personal<sup>97</sup>.

En opinión del profesor Clanchy, la explicación de esta escasez de evidencias respecto a la posesión de bibliotecas por parte de los monarcas ingleses del siglo XIII “no está en que los reyes fueran laicos ignorantes, más interesados en el combate y la caza que en el estudio. La razón es más bien que los asuntos de gobierno todavía no exigían el uso de una biblioteca, ya que solo gradualmente el gobierno uedó asociado al estudio de los libros”<sup>98</sup>.

<sup>94</sup> F. M. POWICKE, *Stephen Langton*, Oxford, 1928, p. 99.

<sup>95</sup> M. T. CLANCHY, *From Memory to Written Record*, op. cit., p. 161.

<sup>96</sup> M. T. CLANCHY, *From Memory to Written Record*, op. cit., pp. 161-162.

<sup>97</sup> M. T. CLANCHY, *From Memory to Written Record*, op. cit., p. 162.

<sup>98</sup> M. T. CLANCHY, *From Memory to Written Record*, op. cit., p. 162.

Medio siglo después ocupaba el puesto de canciller del Reino de Inglaterra alguien que tenía muy clara la relación entre gobierno y bibliotecas: Ricardo de Bury, obispo de Durham (1287-1345). En su *Philobiblon*, un auténtico canto a la bibliofilia, el canciller de Inglaterra refiere el apoyo recibido de su señor, el rey Eduardo III, en su cruzada bibliófila:

«mientras desempeñaba las funciones de canciller y tesorero en la corte del ilustre e invicto Eduardo III... y después de un primer estudio de lo concerniente a la corte y a los asuntos públicos del reino, fui autorizado por la bondad real para investigar con toda libertad en los rincones más apartados de la bibliotecas del reino... La noticia de nuestra afición a los libros, sobre todo a los antiguos, cundió rápidamente y se difundió la especie de que nuestro favor se ganaba más fácilmente por medio de manuscritos que por medio de dinero»<sup>99</sup>.

#### 4.3. LAS BIBLIOTECAS Y LOS PRÍNCIPES DEL SACRO IMPERIO ROMANO GERMÁNICO

En el siglo XI, tras el fin de la dinastía sajona, con su énfasis en la alta cultura latina, y el acceso al trono imperial de la Casa de Franconia se produjo una decadencia generalizada de los estudios en Alemania, muy particularmente entre los laicos y los propios emperadores<sup>100</sup>. No obstante, si bien es cierto que el primer emperador de la nueva dinastía de los Salios, Conrado II, era completamente analfabeto cuando subió al trono, su hijo y sucesor, el emperador Enrique III (imp. 1046-1056) tenía un perfil muy distinto.

En efecto, el capellán imperial Wipo alaba en su *Tetralogus* la porfía de la emperatriz Gisela para que su hijo Enrique estudiara las ciencias en los libros (“illa sibi libros persuasserat esse legendos”) y así fuera un *Rex peritus*<sup>101</sup> y no un *Rex idiota* como calificó el *Chronicon Novaliciense* a su augusto progenitor<sup>102</sup>. Fruto de esta educación tan cuidada fue el dominio del latín que mostraría el emperador Enrique y su refinado gusto literario.

Existe abundante material documental, en particular prólogos de obras que le son dedicadas, que prueba de forma fehaciente el brillante patronazgo cultural del emperador Enrique III. Ejemplos de ello los tenemos en la *Rethorimachia* de Anselmo de Besate, el Peripatético, en la dedicatoria de las obras de Wipo o en la de la crónica de las gestas de Conrado II y Enrique III debida a la pluma de Hermann

<sup>99</sup> RICARDO DE BURY, *Philobiblon. Tractatus pulcherrimus de amore librorum*, prefacio, ed. esp. Federico C. Sáinz de Robles, *Filobiblión. Muy hermoso tratado sobre el amor a los libros*, Madrid 1969, pp. 58-59; A. ANTELO IGLESIAS, *Las bibliotecas del Otoño medieval*, art. cit., p. 289.

<sup>100</sup> J. W. THOMPSON, *The Literacy of the Laity*, op. cit., pp. 90-91.

<sup>101</sup> WIPO, *Tetralogus, Carmen Legis*, vv. 158 y ss., ed. M. G. H. Scriptores, XI, p. 250: “Felix sit mater memorando carmine digna / Gisela, de Caroli procedens sanguine Magni. / Haec operam dederat, quod rex in lege studebat; / Illa sibi libros persuasserat esse legendos, / Ut varios ritus diiudicet arte peritus”.

<sup>102</sup> ANÓNIMO, *Chronicon Novaliciense*, app. 17, ed. M. G. H. Scriptores, VII, p. 128; apud J. W. THOMPSON, *The Literacy of the Laity*, op. cit., p. 88.

de Lame, una obra hoy perdida<sup>103</sup>. Además, de forma casual ha llegado hasta nosotros una carta del abad Sigfrido de Tegernsee (ab. 1048-1068) al obispo de Guillermo de Utrecht, en la que se excusaba por no haber realizado todavía la copia de unos códices para él debido a que el *scriptorium* de la abadía estaba en ese momento ocupado con un importante encargo de libros al por parte del emperador Enrique III<sup>104</sup>. De este documento se infiere más allá de toda duda que el emperador alemán tuvo que haber reunido una biblioteca palatina, aunque solo podemos hacer conjeturas sobre su tamaño.

También encontramos un raro ejemplo de noble cultivado en la Alemania de esta época en la figura de Federico II, conde palatino de Sajonia (m. 1088). Educado en la escuela monástica de Fulda con la intención de que profesara, Federico se convirtió inopinadamente en conde palatino al morir su hermano mayor. Había sido tan bien instruido en Fulda que era capaz, no solo de leer y comprender sus cartas, sino también de corregir a sus capellanes cuando se equivocaban en el servicio divino. Según atestigua el *Chronicon Gozecense*, el conde palatino adquirió una biblioteca tan grande que requería de varios asnos para ser transportada y que contenía los *Moralia in Job* de san Gregorio Magno y otros códices valiosos<sup>105</sup>.

Tras un siglo de imperatores illiterati o como mínimo indiferentes a la cultura latina, tales como Enrique V, Lotario III o Conrado III, encontramos de nuevo en la época de los Staufen a monarcas dignos émulos de los Otónidas. Según el cronista Rahewin el emperador Federico I Barbarroja (imp. 1155-1190) fue un hombre culto, capaz de citar de memoria pasajes enteros Flavio Josefo o sentencias del Derecho Canónico, además de como un estudioso de las Sagradas Escrituras y las crónicas: *scripturas et antiquorum regum gesta sedulo perquirir*<sup>106</sup>.

Sean estos o no lugares comunes extraídos de la *Vita Karoli* de Eginardo, de Jordanes y de Sidonio Apolinar, como sugiere Franco Cardini o “pomposas proclamas” en palabras de James Thompson (quien recuerda que el dominio del latín del emperador era cuanto menos pobre)<sup>107</sup>, lo cierto es que parece que Barbarroja sí reunió dos bibliotecas particulares en sus palacios de Aquisgrán y Hagenau (Alsacia), siendo esta última de cierta importancia<sup>108</sup>.

Las dudas que pudiera suscitar la erudicio latina de Barbarroja no tienen cabida con sus dos inmediatos sucesores, Tanto su hijo Enrique VI (imp. 1190-1198) como, sobre todo, su nieto Federico II (imp. 1220-1250), un auténtico Rey filósofo que dominaba el latín, el griego, el alemán y el árabe, fueron gobernantes muy cultivados.

<sup>103</sup> J. W. THOMPSON, *The Literacy of the Laity*, op. cit., p. 88.

<sup>104</sup> J. W. THOMPSON, *The Literacy of the Laity*, op. cit., p. 89.

<sup>105</sup> ANÓNIMO, *Chronicon Gozecense*, I, 13, ed. M. G. H. Scriptorum, X, p. 146; J. W. THOMPSON, *The Literacy of the Laity*, op. cit., p. 91.

<sup>106</sup> RAHEWIN, *Gesta Friderici*, IV, 86, ed. M. G. H. Scriptorum, XX, p. 490; J. W. THOMPSON, *The Literacy of the Laity*, op. cit., p. 94.

<sup>107</sup> Franco CARDINI, *Il Barbarossa. Vita, trionfi e illusioni di Federico I o imperatore*, Milán, 1985, ed. esp. Barbarroja. *Vida, triunfos e ilusiones de un emperador medieval*, Barcelona, 1987, pp. 121-122; J. W. THOMPSON, *The Literacy of the Laity*, op. cit., p. 94.

<sup>108</sup> CH. H. HASKINS, *The Renaissance of the Twelfth Century*, op. cit., p. 85; Patience ANDREWES, *Frederick II of Hohenstaufen*, Oxford, 1970, p. 11.

En opinión de uno de sus biógrafos, “Federico II tuvo que tener una biblioteca muy destacable”, ya que muchas obras en griego y hebreo fueron traducidas para él y los mejores intelectuales de la época trabajaban en su corte multicultural de Palermo<sup>109</sup>. También en su reciente biografía del emperador el profesor David Abulafia menciona la existencia de una biblioteca imperial y subraya que Federico gastó grandes sumas en la compra de libros pero no abunda más en la cuestión<sup>110</sup>.

Aspectos como el posible papel jugado en la configuración y custodia de la biblioteca federiciana por el cultísimo Logothetes (protonotario de la curia imperial), Piero della Vigna<sup>111</sup>, el posible inventario de sus libros o la producción de manuscritos en el scriptorium imperial quedan abiertos a la especulación. Y es que, como ha subrayado la mayor especialista en la cuestión, Florentine Mutherich, es muy poco lo que sabemos sobre los manuscritos federicianos o sobre la imbricación del scriptorium imperial y la biblioteca palatina con el conjunto de la corte de Federico II<sup>112</sup>. De hecho, la mayor parte de los manuscritos del periodo Hohenstaufen que se conservan corresponden al reinado de su sucesor, el rey Manfredo<sup>113</sup>.

#### 4.4 LOS GOBERNANTES DE LA ITALIA FEUDAL Y LAS BIBLIOTECAS

Sin duda, durante toda la Edad Media hubo más laicos cultivados en Italia que en ningún otro país al norte de los Alpes. El acceso al dominio del latín que convertía a alguien en litteratus era mucho más fácil a un italiano que a un inglés, un alemán o incluso un francés. Por tanto, como no podía ser de otro modo, encontramos numerosos ejemplos de príncipes litterati en la Península Itálica.

Sergio I, duque de Nápoles en el siglo IX, estaba tan versado en el dominio de las lenguas griega y latina que podía traducir fácilmente de una a la otra con rapidez. No resulta sorprendente, por tanto, que el duque Sergio estuviera interesado en los libros y las bibliotecas. En este sentido, se sabe que hizo una donación de tres copias de Flavio Josefo a la biblioteca episcopal de Nápoles<sup>114</sup>.

En la Toscana del siglo XI tenemos un interesante ejemplo de una biblioteca reunida por un gobernante laico, en este caso se da además la circunstancia de que hablamos de una mujer. En efecto, la condesa Matilde de Toscana no solo sabía hablar alemán, francés e italiano con fluidez (“teutonicam, francigenam et lombar-

<sup>109</sup> P. ANDREWES, *Frederick II*, op. cit., p. 50.

<sup>110</sup> David ABULAFIA, *Frederick II: a Medieval Emperor*, Oxford, 1992, pp. 254 y 298.

<sup>111</sup> Vid. Peter HERDE, «Literary Activities of the Imperial and Papal Chanceries during the Struggle between Frederick II and the Papacy», *Intellectual Life at the Court of Frederick II Hohenstaufen*, ed. William Tronzo, Washington, D.C., 1990, pp. 227-239.

<sup>112</sup> Vid. Florentine MÜTHERICH, «Handschriften im Umkreis Friedrichs II», *Probleme um Friedrich II*, ed. Josef Fleckenstein, *Studien und Quellen zur Welt Kaiser Friedrichs II*, 4, Sigmaringen, 1974, pp. 9-21; vid. asimismo Giulia OROFINO, «Handschriften aus dem Umkreis Friedrichs II», *Die Zeit der Staufer: Geschichte-Kunst-Kultur*, ed. Reiner Hausherr, Stuttgart, 1977-1979, vol.1, pp. 645-663.

<sup>113</sup> Rebecca W. CORRIE, «The Conradin Bible and the Problem of Court Ateliers in Southern Italy in the Thirteenth Century», *Intellectual Life at the Court of Frederick II*, op. cit., p. 17.

<sup>114</sup> J. W. THOMPSON, *The Literacy of the Laity*, op. cit., pp. 65-66.

dicam optime novit linguam”), también dominaba la cultura literaria latina, pues era una mujer dedicada al estudio de las ciencias, habiendo reunido una gran biblioteca sobre las Artes Liberales según nos cuenta la *Vita Mathildis*<sup>115</sup>.

En una biografía en verso del mismo nombre compuesta por el poeta Donizo en honor de la condesa de Toscana podemos leer que no había en Italia ningún gobernante más estudioso que ella, que dedicaba los días y las noches al estudio y a la recitación de los Salmos y que había reunido una inmensa cantidad de libros<sup>116</sup>. Y es que la condesa Matilde “podía conversar con fluidez en cuatro lenguas y podía cartearse en latín con los grandes hombres de su tiempo sin necesidad de secretario, ya que ella misma escribía sus propias cartas. Promovió el amor al estudio en su corte. Tenía también ciertos conocimientos de jurisprudencia y uno de sus grandes placeres era recopilar códices y estudiarlos”<sup>117</sup>.

A partir del siglo XIV, en el nuevo contexto de apreciación por los libros propio del humanismo, los gobernantes italianos empezarán a fundar grandes bibliotecas de Estado en sus ciudades: los Sforza en Milán, los Malatesta en Cesena y Rimini, los Montefeltro en Urbino... mientras el rey Alfonso V el Magnánimo de Aragón (reg. 1416-1458) establecía una magnífica biblioteca palatina en Nápoles, con más de 1.000 volúmenes<sup>118</sup>. Además, surgieron en Italia, al mismo tiempo que en Alemania, las primeras bibliotecas públicas de la Europa occidental, como la de san Marcos en Florencia, abierta en el año 1444.

## 5. LOS REYES DE LA ESPAÑA MEDIEVAL Y SUS BIBLIOTECAS

### 5.1. LEÓN Y CASTILLA

Alfonso III el Magno (reg. 893-910), *scientia clarus*, a quien Manuel Díaz y Díaz ha calificado como un “ferviente bibliófilo y devoto isidoriano” y Gonzalo Menéndez Pidal como un “gran entusiasta de la cultura”, es el primer monarca de la Reconquista que parece que pudo haber reunido una gran biblioteca personal reuniendo muchos códices latinos traídos por los Mozárabes emigrados de Al Andalus<sup>119</sup>.

Parece ser, en efecto, que fue este príncipe quien hizo copiar, con el *ex-libris* *Adefonsi principis liber*, uno de los más antiguos ejemplares hispánicos de las

<sup>115</sup> ANÓNIMO, *Vita Mathildis*: “fuit etiam scientiarum studio dicata, et Liberalium Artium grandis bibliotheca sibi non defuit” (ed. Muratori, *Scriptores Rerum Italicarum*, V, p. 396; apud J. W. THOMPSON, *The Literacy of the Laity*, op. cit., p. 69).

<sup>116</sup> DONIZO, *Vita Mathildis*, II, 20, ed. M. G. H. *Scriptores*, XII, p. 405: “tempore nocturno studiosius atque diurno / Est sacris psalmis ac officiis venerandis / Relligione pia satis haec intenta perita / Nullus ea presul studiosior invenietur, / Copia librorum non defuit huicve bonorum; / Libros ex cunctis habet in artibus figures” (apud J. W. THOMPSON, *The Literacy of the Laity*, op. cit., p. 69).

<sup>117</sup> Nora DUFF, *Mathilda of Tuscany: la Gran Donna d'Italia*, Londres, 1909, pp. 6-7 y 78-79.

<sup>118</sup> G. CAVALLO, «Introducción» a *Le biblioteche nel mondo antico e medievale*, op. cit., p. XXVI y A. ANTELO IGLESIAS, *Las bibliotecas del Otoño medieval*, art. cit., p. 296.

<sup>119</sup> Gonzalo MENÉNDEZ PIDAL, «Mozárabes y asturianos en la cultura» de la Alta Edad Media (en relación especial con la historia de los conocimientos geográficos), *Varia Medievale*, I, Real Academia de la Historia, Madrid, 2003, p. 56; GÓMEZ MORENO, *Iglesias mozárabes*, pp. 130 y 357.



*Etimologías* de san Isidoro de Sevilla, en la actualidad el Scorialensis P.1.7120. Asimismo, fue el Rey Magno fue quien hizo llevar a Oviedo los códices cordobeses de san Eulogio, cuyas reliquias también hizo trasladar a la civitas regia asturiana<sup>121</sup>.

Por otro lado, existe evidencia documental de encargos realizados por parte de Alfonso III a diversos scriptoria del Reino leonés para que copiaran libros para su biblioteca. La escriba Leodegundia copió para el monarca en el monasterio de Bobatelle un códice misceláneo que se conserva en El Escorial (a I 13). También se conserva en la biblioteca de El Escorial (T II 25) un códice con las Sentencias de san Isidoro copiado para el Rey Magno, además de códices con las obras de san Gregorio Magno, san Eusebio y san Rufino<sup>122</sup>.

Habrà que esperar un siglo y medio para que vuelva a producirse un fenómeno similar de patrocinio regio de la producción libraria en la España cristiana. Sería durante el reinado de Fernando I de León y Castilla (1035-1065), cuando se produjo un cierto “renacimiento cultural”<sup>123</sup>. La *Historia Silense* (c. 81) consigna el hecho de que este monarca dispuso que sus hijos recibieran educación en las Artes Liberales (*Liberalibus Disciplinis erudirentur*), siendo esta la primera mención de este tipo en las fuentes hispánicas medievales<sup>124</sup>.

En el patronazgo regio de la producción de códices, la esposa del rey Fernando, la reina Sancha, jugó un importante papel. Se conservan códices en los que aparece mencionada la Reina como impulsora de su elaboración. Para ella copió en 1047 el escriba Domingo las *Etimologías* (El Escorial E I 3), el escriba Cristóbal un Breviario mozárabe en 1059 y también el escriba Pedro y el miniaturista Fructuoso un Diurnal terminado en 1055 (conservado en la biblioteca de la Universidad de Santiago). Además, se copiaron para la biblioteca real un ejemplar de los Comentarios al Apocalipsis del Beato de Liébana (año 1047, por el escriba Facundo) y un ejemplar del Fuero Juzgo (año 1058, por el presbítero Munio)<sup>125</sup>. Luego cabe concluir, con cierta seguridad, que Fernando I poseyó algún tipo de biblioteca palatina, si bien no es posible calibrar sus dimensiones.

Para los casi doscientos años que median entre el reinado de Fernando I y el de Alfonso X el Sabio nos vemos limitados por la escasez endémica de la documentación castellana (en contraste con la riqueza de la catalana-aragonesa o la francesa) y con el hecho de que los inventarios de bibliotecas castellanos más antiguos que

---

<sup>120</sup> Jacques FONTAINE, *Isidore de Séville. Gènesis et originalité de la culture hispanique au temps des Wisigoths*, Turnhout, 2000, ed. esp. *Isidoro de Sevilla. Génesis y originalidad de la cultura hispánica en tiempos de los Visigodos*, Madrid, 2002, p. 292; G. MENÉNDEZ PIDAL, «Mozárabes y asturianos en la cultura», art. cit., p. 56.

<sup>121</sup> G. MENÉNDEZ PIDAL, «Mozárabes y asturianos en la cultura», art. cit., p. 56.

<sup>122</sup> G. MENÉNDEZ PIDAL, «Mozárabes y asturianos en la cultura», art. cit., p. 169.

<sup>123</sup> G. MENÉNDEZ PIDAL, «Mozárabes y asturianos en la cultura», art. cit., p. 174.

<sup>124</sup> Adeline RUCQUOI, «Éducation et société dans la Péninsule Ibérique médiévale», *Histoire de l'Éducation*, 69, 1996, p. 9; de hecho, Alfonso VI llama en sus diplomas magistro nostro a Raimundo, obispo de Palencia (Adeline RUCQUOI, «Alfonso VIII de Castilla y la Realeza», *Rex, Sapientia, Nobilitas. Estudios sobre la Península Ibérica medieval*, Granada, 2006, p. 54).

<sup>125</sup> G. MENÉNDEZ PIDAL, «Mozárabes y asturianos en la cultura», art. cit., p. 174.

se conservan son todos posteriores al año 1429<sup>126</sup>. Por consiguiente, aunque nos parece plausible que monarcas de León y Castilla como Alfonso VI, Alfonso VII, Alfonso VIII, Alfonso IX y, muy particularmente, Fernando III el Santo tuvieran algún tipo de biblioteca, lo cierto es que no disponemos de evidencia documental que lo refrende<sup>127</sup>.

## 5.2. ALFONSO X EL SABIO Y SU BIBLIOTECA

El primer estudio sobre la biblioteca del Rey Sabio se debe a Juan Pérez de Guzmán y fue publicado en el año 1905<sup>128</sup>. El último trabajo publicado sobre la biblioteca de Alfonso X el Sabio es el de Luis Rubio García en el año 1985<sup>129</sup>. Lo cierto es que ninguno de los dos arroja excesiva luz sobre la cuestión, ya que se limitan a especular sobre las posibles dimensiones de la biblioteca alfonsí a partir de probables paralelismos con los contenidos de otras bibliotecas del siglo XIII castellano, en particular las tan bien nutridas de los arzobispos de Toledo, y algunas otras evidencias indirectas. Y es que, en ausencia de un inventario, la verdadera dimensión de la biblioteca palatina del monarca más bibliófilo de todo el Medievo español (y quizá del europeo) continúa siendo un enigma.

En cualquier caso, reuniendo una serie de indicios sí resulta factible hacerse una idea, si bien somera, de las características de la biblioteca alfonsí, inserta en lo que la documentación de la época denomina la Cámara del Rey. El primero de estos indicios lo encontramos en el registro de préstamos de la biblioteca de la abadía de Santo Domingo de Silos. Resulta bien conocido que Alfonso X solicitó a las bibliotecas de numerosos monasterios y capítulos catedralicios el préstamo de sus libros para ser copiados en su *scriptorium*<sup>130</sup>.

De hecho, parece que encomendó a sus clérigos y notarios áulicos un peinado sistemático de las bibliotecas de sus dominios a la búsqueda de manuscritos para copiarlos<sup>131</sup>. Pues bien, se conserva una nota de Silos datada en el siglo XIII donde se consignan dieciocho códices prestados y entre ellos se mencionan los siguientes

<sup>126</sup> Isabel BECEIRO PITA, «Libros, nobles y letrados. El caso de Castilla», *Libros, lectores y bibliotecas en la España medieval*, Murcia, 2007, p. 22.

<sup>127</sup> La obra de referencia para las bibliotecas medievales en las Coronas de Aragón, Castilla y Navarra es la de Charles Bailey FAULHABER, *Libros y bibliotecas en la España medieval. Una bibliografía de fuentes impresas*. Londres, 1987; para una actualización, vid. del mismo autor, «Las bibliotecas españolas medievales», *Pensamiento medieval hispano. Homenaje a Horacio Santiago-Otero*, ed. José María Soto Rábanos, CSIC, Madrid, 1998, pp. 785-800; vid. también Ángel CANELLAS LÓPEZ, «Bibliotecas medievales hispanas», *Cuadernos de Historia Jerónimo Zurita*, 31/32, 1978, pp. 259-268.

<sup>128</sup> Juan PÉREZ DE GUZMÁN, «La biblioteca de consulta de D. Alfonso el Sabio», *La Ilustración Española y Americana*, 79, n° 9, 8 de Marzo de 1905, pp. 131-134.

<sup>129</sup> Luis RUBIO GARCÍA, «En torno a la biblioteca de Alfonso X el Sabio», *La lengua y la literatura en tiempos de Alfonso X, Actas del Congreso Internacional*, Murcia, 1985, pp. 531-552.

<sup>130</sup> Manuel DÍAZ Y DÍAZ, «Notas de bibliotecas de Castilla en el siglo XIII», *Livre et lecture en Espagne et en France sous l'Ancien Regime*, París, 1981, p. 9.

<sup>131</sup> Evelyn S. PROCTER, *Alfonso X of Castile. Patron of Literature and Learning*, Oxford, 1951, ed. esp. *Alfonso X de Castilla. Patrón de las Letras y del Saber*, Murcia, 2002, p. 143.

como prestados al Rey: la *Historia Silense* y los siete libros de la *Historia Adversus Paganos* de Paulo Orosio<sup>132</sup>. Sin duda, este préstamo estaba destinado a proveer de materiales al equipo alfonsí que estaba trabajando en la *General Estoria* y la *Estoria de España*.

Por otra parte, en una carta fechada en Santo Domingo de la Calzada el 22 de Enero de 1270 Alfonso X reconoce poseer en préstamo cuatro libros del cabildo de Albelda, que se comprometía a devolver una vez transcritos: una colección de cánones, las *Etimologías* de san Isidoro, las *Collationes de los Santos Padres* de Casiano y la *Farsalia* de Lucano<sup>133</sup>. Del mismo modo, en una carta fechada un mes más tarde en el mismo lugar, el Rey Sabio reconocía haber tomado prestados de la abadía de Santa María de Nájera quince libros de lectura antigua que me esprestastes, entre los que cabe destacar: el *Ars Grammatica* y el apéndice del *Ars Maior* (intitulado de barbarismo) de Donato, la *Tebaida* de Estacio, un “Catálogo de los Reyes Godos” (muy probablemente la *Historia Gothorum* de san Isidoro), el *De Consolatione Philosophiae* de Boecio, un códice del *Fuero Juzgo*, las *Geórgicas* y las *Bucólicas* de Virgilio, la *Institutio Grammatica* de Prisciano (la parte conocida como *Priscianus Maior*), el *Epistolario* de Ovidio, una obra de Prudencio que posiblemente sea la *Psycomachia* y el *Comentario* de Macrobio sobre el *Somnium Scipionis* de Cicerón<sup>134</sup>.

Obviamente, cualquier estudio de la biblioteca alfonsí debe comenzar con los propios manuscritos producidos por su fructífero scriptorium, en funcionamiento en Sevilla, Toledo y Murcia<sup>135</sup>, bien fueran copias bien traducciones del árabe al latín o al castellano. Un somero repaso de estos nos brinda la siguiente lista, a la que cabe añadir los quince tratados agrupados en el códice de los *Libros del Saber de Astronomía*: el *Libro de los Juegos de Ajedrez, Dados y Tablas*, el *Lapidario*, el *Quadripartitum* de Ptolomeo, el *Liber Magnus de Iudiciis Astrologiae* (traducción latina de un tratado de astronomía árabe de Abenragel, del cual también se hizo traducción castellana)<sup>136</sup>, el *Libro de la Escala de Mahoma* (en una versión francesa debida al notario del Rey, Buenaventura de Siena), el *Libro de las Cruces* de Ubaid Allah, el *Compendio de Astronomía* de Ibn al-Haitam y los *Cánones* de Al-Battani<sup>137</sup>. Resulta plausible, asimismo, que la primera versión castellana del *Purgatorio de san Patricio* (obra de un monje irlandés) se deba al *scriptorium* alfonsí<sup>138</sup>.

<sup>132</sup> L. RUBIO GARCÍA, «En torno a la biblioteca de Alfonso X», art. cit., p. 545; Antonio BALLESTEROS BERETTA, *Alfonso X el Sabio*, Barcelona, 1963, p. 310.

<sup>133</sup> L. RUBIO GARCÍA, «En torno a la biblioteca de Alfonso X», art. cit., p. 546.

<sup>134</sup> L. RUBIO GARCÍA, «En torno a la biblioteca de Alfonso X», art. cit., pp. 547-548.

<sup>135</sup> Ana DOMÍNGUEZ RODRÍGUEZ, «Sevilla y el scriptorium alfonsí», *Sevilla, 1248. Congreso Internacional Conmemorativo del 750 Aniversario de la Conquista de la ciudad de Sevilla por Fernando III*, ed. Manuel González Jiménez, Madrid, 2000, p. 636.

<sup>136</sup> Que es el único manuscrito alfonsí que se conservó en la biblioteca catedralicia de Toledo (ms. 47-15).

<sup>137</sup> E. S. PROCTER, *Alfonso X of Castile*, op. cit., ed. cit., pp. 23-24; vid. de la misma autora, «The Scientific Works of the Court of Alfonso X of Castille», *Modern Language Review*, 40, 1945, pp. 12-29.

<sup>138</sup> Antonio GARCÍA SOLALINDE, «Primera versión castellana del Purgatorio de San Patricio», *Homenaje a Menéndez Pidal*, vol. 2, p. 248; E. S. PROCTER, *Alfonso X of Castile*, op. cit., ed. cit., p. 34.

Las fuentes utilizadas para la elaboración de las Partidas y de las Estorias alfonsíes pueden también resultar útiles de cara al conocimiento de la biblioteca real alfonsí: entre las fuentes de las primeras, se cuentan las *Decretales* de Gregorio IX, el *Digesto* de Justiniano y sus glosadores italianos, obras de san Agustín, san Gregorio Magno y san Bernardo de Claraval, la *Disciplina Clericalis* de Pedro Alfonso de Huesca y obras didácticas como *Bocados de Oro* y el *Secretum Secretorum* (el famoso tratado pseudo-aristotélico del cual el Rey ordenó hacer una versión castellana: el *Poridad de Poridades*)<sup>139</sup>.

En cuanto a las fuentes utilizadas para la elaboración de las crónicas alfonsíes, además de las dos arribas mencionadas (la *Historia Silense* y la crónica de Orosio), encontramos crónicas latinas como la Crónica universal de Godofredo de Viterbo (conocida como el *Pantheon*), la *Historia Scholastica* de Pedro Comestor, la *Historia Regum Britanniae* de Godofredo de Monmouth, la *Historia de Rebus Hispaniae* de Rodrigo Jiménez de Rada, el *Chronicon Mundi* de Lucas de Tuy o el *Chronicon* de Hidacio, así como la *Historia Gothorum* de san Isidoro de Sevilla, la *Getica* de Jordanes y obras de Lucano, Pompeyo Trogo, Dión Casio y Sulpicio Severo<sup>140</sup>. También romances en lengua vernácula como los franceses *Roman de Troie* y *Roman de Thèbes*, así como el castellano Libro de Alexandre<sup>141</sup>.

Otra de las evidencias documentales más valiosas de las que disponemos para conocer los contenidos de la biblioteca del Rey Sabio resulta ser su testamento, otorgado en Sevilla el 21 de Enero del año 1284. En su interior Alfonso X dispone que se entreguen a la catedral de Sevilla los cuatro libros que llaman Espejo Historial que mandó hacer el rey Luis de Francia. Se refiere al *Speculum Historiale* de Vicente de Beauvais, una obra que le había regalado san Luis, junto con una espléndida Bible Moralisée (en tres volúmenes), la cual legó a su sucesor<sup>142</sup>. El resto de sus libros los donó a las catedrales de Sevilla o Murcia, dependiendo de donde acabaran reposando sus restos mortales. Desgraciadamente, no se dan más detalles de estos libros<sup>143</sup>.

Otro dato relevante para la reconstrucción de la biblioteca alfonsí nos lo proporciona el intercambio de libros que se produjo entre el embajador de Florencia en la corte castellana, Brunetto Latini (el maestro de Dante) y el Rey Sabio. Brunetto regaló a Alfonso X un ejemplar de su obra *Li Livres dou Trésor* (El Libro del Tesoro: ms. El Escorial L II 3), una enciclopedia escrita en francés y también una traducción al italiano (de Taddeo Alderotti) de la *Ética a Nicómaco* de Aristóteles (ms. Biblioteca Nacional 10.124). A cambio, parece que el monarca cas-

<sup>139</sup> E. S. PROCTER, *Alfonso X of Castile*, op. cit., ed. cit., pp. 75-76.

<sup>140</sup> L. RUBIO GARCÍA, «En torno a la biblioteca de Alfonso X», art. cit., p. 546, n. 9; el prólogo de la *Primera Crónica General* resulta ser, en este sentido, una fuente de información de enorme valor para conocer las fuentes historiográficas alfonsíes.

<sup>141</sup> E. S. PROCTER, *Alfonso X of Castile*, op. cit., ed. cit., p. 94.

<sup>142</sup> Parece que fue Sancho IV quien la donó a la catedral de Toledo, donde hoy se conserva (Ramón GONZÁLVIZ RUIZ, *Hombres y libros de Toledo*, Madrid, 1997, p. 568); por otro lado, parece que una de las Cantigas alfonsíes tiene como fuente inmediata esta obra de Vicente de Beauvais (E. S. PROCTER, *Alfonso X of Castile*, op. cit., ed. cit., p. 34).

<sup>143</sup> G. GREENIA, «University Book Production», art. cit., pp. 104-105; Ch. B. FAULHABER, *Libros y bibliotecas*, op. cit., p. 175; L. RUBIO GARCÍA, «En torno a la biblioteca de Alfonso X», art. cit., p. 550.

tellano regaló a la Ciudad de Florencia un ejemplar de sus *Cantigas de Santa María*<sup>144</sup>.

Respecto a la disposición de la biblioteca del Rey Sabio, podemos desechar la idea de una biblioteca de Estado, más o menos abierta a la consulta de los eruditos. Por el contrario, la biblioteca alfonsí seguramente estaba situada en la cámara del Rey, estando reservado su uso a un círculo exclusivo de íntimos del monarca. George Greenia ha apoyado recientemente esta tesis, formulada inicialmente por Evelyn S. Procter, apostillando que la producción de libros para el uso de la corte alfonsí nunca fue masivo, estando destinado a un público muy selecto, principalmente el propio Rey y sus colaboradores.

De la configuración de la biblioteca y scriptorium del monarca castellano nos habla Don Juan Manuel, quien nos brinda una reveladora descripción del lugar:

“avia muy gran espacio para estudiar en las materias de que queria conponer algunos libros, ca morava en algunos logares un año e dos e mas... e ansi avia espacio e estudiar en lo quél quería fazer para si mismo, e aún para veer e determinar las cosas de los saberes quél mandava ordenar a los maestros e a los sabios que troya para esto en su corte”<sup>145</sup>.

En este sentido, apunta el profesor Greenia, el gusto de Alfonso X por los códices de grandes dimensiones, del tamaño de los utilizados en la liturgia, resulta revelador del estilo de su biblioteca en una época en la que ya se empezaban a producir muchos libros de pequeño tamaño<sup>146</sup>. En todo caso, cabe destacar el hecho de que Alfonso el Sabio era el principal y casi único mecenas del mercado de libros castellano de su época, mientras que los reyes de Francia no eran más que unos clientes más en el contexto del floreciente mercado de libros de París<sup>147</sup>.

Ciertamente, resulta decepcionante constatar que el Rey Sabio no consideraba lo suficientemente importante la biblioteca palatina como para añadir la figura del bibliotecario a la larga y exhaustiva lista de oficios adscritos a la Casa del Rey que nos brinda en el *Espéculo*. Así, aparecen como vinculados a la Casa del Rey los oficios de capellán mayor, canciller, notarios, físicos, clérigos del Rey y escribanos<sup>148</sup> pero no aparece ningún bibliotecario, si bien de existir alguien dedicado a la custodia de su biblioteca seguramente estaría incluido en la categoría de clérigo del Rey. Lo que sí conocemos, gracias a un códice de la *General Estoria* conservado en la Biblioteca Vaticana (Ms. Urb. Lat. 539) y datado en 1280, es la existencia de la figura del escribano de los libros del Rey, un oficio no

<sup>144</sup> Julia Bolton HOLLOWAY, «The Road Through Roncesvalles: Alfonsine Formation of Brunetto Latini and Dante. Diplomacy and Literature», *Emperor of Culture: Alfonso X, the Learned of Castile and his Thirteenth-Century Renaissance*, ed. R. I. Burns, Philadelphia, Penn., 1990, pp. 117 y 121.

<sup>145</sup> Apud Gonzalo MENÉNDEZ PIDAL, «Cómo trabajaron las escuelas alfonsíes», *Nueva Revista de Filología Hispánica*, 4, 1951, pp. 372-373.

<sup>146</sup> G. GREENIA, «University Book Production», art. cit., pp. 115-116.

<sup>147</sup> G. GREENIA, «University Book Production», art. cit., p. 119.

<sup>148</sup> *Espéculo*, II, título XII, ley V, ed. G. Martínez Díez, Ávila, 1985, pp. 152-154.

adscrito a la cancillería real, lo que es significativo, y que desempeñaba entonces Martín Pérez de Maqueda, quien tenía a un grupo de escribanos trabajando a sus órdenes <sup>149</sup>.

### 5.3. REYES Y BIBLIOTECAS MEDIEVALES EN CASTILLA DESPUÉS DEL REY SABIO

Alfonso XI intentó seguir la estela de su augusto antepasado y parece que poseyó una biblioteca. Según reza el prólogo de la *Crónica de Alfonso X*, mandó catar las corónicas e estorias antiguas, “e falló en scripto por corónica en los libros de su cámara los fechos de todos los reyes que fueron en Espanna desde los primeros reyes godos” <sup>150</sup>, lo que parece que avalaría la idea de que dispuso de algún tipo de biblioteca en su cámara regia <sup>151</sup>.

Parece ser que en Juan II de Castilla encontramos a un monarca interesado en los libros. En efecto, la *Crónica de Juan II* dice de este monarca que “dábase mucho a leer libros de Filósofos e Poetas... era asaz docto en la lengua latina, mucho honrrador de las personas de sciencia” <sup>152</sup>. Aún más, tanto Juan de Mena como Juan Alfonso de Baena dedicaron sus obras, el *Laberinto de Fortuna* y el *Cancionero*, al muy prepotente don Juan el Segundo. Sin embargo, la biblioteca del rey Juan no es conocida suficientemente, aunque sabemos que contaba entre sus libros un Séneca traducido por Manuel Rodríguez de un códice latino que Juan II prestó al conde de Benavente, propietario de una de las tres grandes colecciones del Reino (junto al conde de Haro y el marqués de Santillana) <sup>153</sup>.

Parece que su cuestionado hijo y sucesor, Enrique IV, “no debió ser un rey especialmente interesado en los libros”, según subraya Miguel Ángel Ladero Quesada a partir del análisis de las cuentas del maestresala Rodrigo de Tordesillas, custodio de la Cámara regia <sup>154</sup>. En efecto, a partir del inventario de bienes que Rodrigo de Tordesillas entregó a la cámara regia de Isabel la Católica resulta posible reconstruir el tesoro real de Enrique IV custodiado hasta su muerte en el alcázar de Segovia. Además de las joyas, armas y tapices nos encontramos con unos ochenta códices, incluyendo misales y libros de canto de órgano. Desde luego, no demasiados, si se tiene en cuenta el volumen de otras bibliotecas regias y nobiliarias de la Europa del siglo xv.

Entre estos libros regios predominan claramente los de temática religiosa: varias Biblias, comentarios exegéticos, diversas obras de Padres de la Iglesia (san Jerónimo, san Agustín, san Gregorio Magno, san Juan Crisóstomo, san Isidoro de Sevilla...), breviaros, salterios, libros de horas, pasionarios, vidas de santos (entre

<sup>149</sup> E. S. PROCTER, *Alfonso X of Castile*, op. cit., ed. cit., p.143.

<sup>150</sup> *Crónica de Alfonso X*, Prólogo, ed. Manuel González Jiménez, Murcia, 1998, p. 3.

<sup>151</sup> A. ANTELO IGLESIAS, «Las bibliotecas del Otoño medieval», art. cit., p. 292.

<sup>152</sup> ALVAR GARCÍA DE SANTAMARÍA, *Crónica de Juan II*, apud A. ANTELO IGLESIAS, «Las bibliotecas del Otoño medieval», art. cit., p. 298.

<sup>153</sup> A. ANTELO IGLESIAS, «Las bibliotecas del Otoño medieval», art. cit., p. 298; I. BECEIRO PITA, «Temas y tipos de lectura», art. cit., p. 21.

<sup>154</sup> Miguel Ángel LADERO QUESADA, «Capilla, joyas y armas, tapices y libros de Enrique IV de Castilla», *Acta Historica et Archaeologica Mediaevalia*, 26, 2005, p. 857.

ellas, la *Flos Sanctorum*), obras de santo Tomás de Aquino y san Bernardo de Claraval, el *De Consolatione Philosophiae* de Boecio y una *Vita Christi* (probablemente la de Ludolfo de Sajonia)<sup>155</sup>. Ahora bien, en el inventario de la biblioteca de Enrique IV también se descubre otro tipo de obras propias del género especular. De este modo, hay consignados un buen número de códices (seis) con el título de regimiento de príncipes. De ellos se menciona el autor en algunos casos, como en el de Egidio Romano y santo Tomás de Aquino (versión romanceada)<sup>156</sup>. Propios también de una literatura política de formación de príncipes serían los *Castigos y Documentos del Rey don Sancho* y las *Epístolas* de san Gregorio a Recaredo, rey de los godos<sup>157</sup>.

Finalmente, entre otros, cabe mencionar la presencia de las Partidas, los Ordenamientos de los reyes de Castilla hasta Juan II, las Ordenaciones de casa y corte de Pedro el Ceremonioso, la *Estoria de España* y la *General Estoria* de Alfonso el Sabio, los *Hechos y Dichos Memorables* de Valerio Máximo (romanceado), el *Tratado en defensa de virtuosas mujeres* de Diego de Valera, el *Livre de Tresor* de Brunetto Latini, el *Didascalion* de Hugo de Saint-Victor, el *De Proprietatibus Rerum* de Bartolomé Ánglico, un libro de cetrería y un libro de ajedrez<sup>158</sup>.

Con todo, como sostiene Elisa Ruiz García, a pesar de que la documentación conservada relativa a las bibliotecas de Juan II y Enrique IV resulta insuficiente para extraer conclusiones definitivas, “no obstante, podemos conjeturar cierta afición por el coleccionismo bibliófilo y la existencia de un patrimonio librario, formado a partir de herencias, encargos y regalos cortesanos”<sup>159</sup>. Buena parte del fondo librario reunido por estos dos monarcas pasaría posteriormente a formar parte de la gran biblioteca de Isabel la Católica, constituida en el monasterio de San Juan de los Reyes en el año 1477 y que superó los cuatrocientos volúmenes.

#### 5.4. REYES Y BIBLIOTECAS EN LA CORONA DE ARAGÓN

En lo que respecta a los territorios del Casal d’Aragó, a pesar de que allí “la existencia en los Archivos de la Corona de Aragón de recibos, cartas de venta, escrituras de subastas y gran número de inventario de bienes nos permite un conocimiento mucho más temprano y completo de las bibliotecas de los diversos grupos sociales”<sup>160</sup> que en la Corona de Castilla, sin embargo el primer indicio cierto de una

<sup>155</sup> M. A. LADERO QUESADA, «Capilla, joyas y armas», art. cit., pp. 858-859; parece que entre estas biblias estaría una célebre traducción castellana de la Sagrada Escritura ordenada por el Maestre de Calatrava, Don Luis de Guzmán. Este códice es conocido con el nombre de Biblia de Alba por haber terminado en el siglo XVII en la biblioteca de esta casa noble.

<sup>156</sup> M. A. LADERO QUESADA, «Capilla, joyas y armas», art. cit., p. 859. Este autor sugiere que quizá uno de estos regimientos de príncipes fuera el de Francisco de Eiximenis.

<sup>157</sup> M. A. LADERO QUESADA, «Capilla, joyas y armas», art. cit., p. 859.

<sup>158</sup> M. A. LADERO QUESADA, «Capilla, joyas y armas», art. cit., pp. 860-861.

<sup>159</sup> Elisa RUIZ GARCÍA, «El poder de la escritura y la escritura del poder», *Orígenes de la Monarquía Hispánica. Propaganda y Legitimación (ca. 1400-1525)*, ed. J. M. Nieto Soria, Madrid, 1999, p. 303.

<sup>160</sup> Isabel BECEIRO PITA, «Temas y tipos de lectura entre los sectores laicos de la Península Ibérica (siglos XIII-XV)», *Temas Medievales*, 8, 1998, p. 12.

biblioteca palatina que se conoce es el de la perteneciente al rey Jaime II, datado en el año 1323, monarca para quien copiaba libros el notario zaragozano Juan de Prohome<sup>161</sup>, si bien consta la existencia de una biblioteca regia desde el año 1230, en el reinado de Jaime el Conquistador<sup>162</sup>.

Su sucesor, Pedro IV el Ceremonioso, decidió instalar en el año 1381 la biblioteca regia al monasterio de Poblet<sup>163</sup>, rompiendo así con la tradición de guardar los libros del Rey en el archivo, la cámara u otras dependencias del palacio real. En este sentido, el profesor Bohigas ha llamado la atención sobre varias cartas del Rey Ceremonioso al abad de este monasterio, (años 1381-1382), con instrucciones precisas sobre la instalación de esta biblioteca. Tenía que tener acceso por el claustro, ser de bóveda y piedra picada y poseer bancos con atriles y cadenas para sujetar los libros<sup>164</sup>.

Además de la ya mencionada gran biblioteca palatina del rey Alfonso el Magnánimo en la ciudad de Nápoles, también se conservan los inventarios de las bibliotecas palatinas de los monarcas aragoneses Juan I (y su esposa, la reina Yolanda de Bar) y Martín I el Humano (m. 1410), quien en su testamento decidió donar sus libros a la abadía de Poblet.

Ciertamente, la biblioteca de este último soberano debió ser extraordinaria a juzgar por el inventario, que incluye 300 volúmenes en catalán, castellano, latín, griego y francés. Llamen la atención la presencia de obras de Plutarco, de estrategia militar y del juego del ajedrez<sup>165</sup>. Mientras, en el reino de Navarra, donde seguramente Sancho VI el Sabio ya dispuso de una biblioteca considerable, llaman la atención la biblioteca reunida por el rey Carlos III el Noble (reg. 1387-1425), que compró sus fondos al convento dominico de Estella<sup>166</sup>, y también la de su malogrado nieto, el Príncipe de Viana.

## 6. CONCLUSIÓN

Como ha señalado Robert Pattison, “no todas las sociedades han decidido usar la cultura escrita de la misma manera, pero la cultura escrita siempre está relacionada con el poder”<sup>167</sup>. Ciertamente, el predominio espiritual y anímico de la tradición grecolatina en las conciencias del Occidente medieval supuso que, a pesar de la generalización del analfabetismo en los siglos oscuros (o quizá precisamente debido a esto), se siguiera asociando a lo largo de todo el periodo libros y lengua latina con poder y élites sociales. No de una forma tan inequívoca como espada y poder o tierra y poder, pero sí de una cierta manera.

La actitud de la mayor parte de los gobernantes medievales alfabetizados hacia

<sup>161</sup> A. CANELLAS, «Bibliotecas medievales hispanas», art. cit., p. 265.

<sup>162</sup> I. BECEIRO PITA, «Temas y tipos de lectura», art. cit., p. 16.

<sup>163</sup> A. CANELLAS, «Bibliotecas medievales hispanas», art. cit., p. 265.

<sup>164</sup> Pere BOHIGAS, *El libro español. Ensayo histórico*, Barcelona, 1962, p. 134; A. ANTELO IGLESIAS, «Las bibliotecas del Otoño medieval», art. cit., p. 291.

<sup>165</sup> I. BECEIRO PITA, «Temas y tipos de lectura», art. cit., p. 15.

<sup>166</sup> A. ANTELO IGLESIAS, «Las bibliotecas del Otoño medieval», art. cit., p. 292.

<sup>167</sup> Robert PATTISON, *On Literacy. The Politics of the Word from Homer to the Age of Rock*, Oxford, 1982, p. VIII.



el libro y las bibliotecas fue reverencial y en algunos casos casi “totémica”. Se daba la doble circunstancia de que, desde los tiempos de san Gregorio Magno, se asociaba al conjunto del clero (y singularmente al monacato benedictino) con un virtual monopolio de la cultura latina en una sociedad poco alfabetizada, en la que el conocimiento adquirió en ocasiones contornos “mágicos” y “rituales”.

Conviene no despreciar la intensidad e importancia del proceso conocido como “clericalización de la Realeza medieval”. Los monarcas buscaban en sus bibliotecas no solo una erudición libresca, también una sabiduría que les abría las puertas de la salvación del alma y les asimilaba a los poseedores sacerdotales de la auctoritas. Por consiguiente, las bibliotecas de los reyes germánicos de la Antigüedad Tardía, así como las de los emperadores carolingios y otónidas siguieron un modelo episcopal-monástico, una vez que el tardorromano de biblioteca palatina semi-pública o pública había caído en el olvido.

Ahora bien, la mayor parte bibliotecas de los reyes de la época feudal encajan mejor en el modelo de biblioteca señorial que en el de biblioteca monástica o biblioteca palatina o “de Estado”, como no podía ser de otra manera, dada la condición de *primus inter pares* del monarca feudal, un monarca cuya dimensión sapiencial era mínima ante lo aplastante de su proyección pública y simbólica como bellator, un Rey guerrero.

El llamado renacimiento del siglo XII comenzaría a alterar esta dinámica. En efecto, al mismo tiempo que se producía una mutación de la Realeza feudal gracias a la recepción del Derecho Romano y de los modelos políticos de la Antigüedad Clásica, los príncipes del Occidente latino iban a convertirse en reyes clericalizados poseedores de bibliotecas cada vez mayores.

También cabe insistir en que la cultura literaria y la alfabetización de los laicos de la Plena Edad Media también tuvieron su origen en el crecimiento de la burocracia y la administración y no solo en un deseo abstracto de educación y literatura. Aún con todo, este proceso de transformación de las “bibliotecas señoriales” de los reyes en bibliotecas palatinas sería muy lento y solo la proliferación de “bibliotecas de Estado” durante el Quattrocento le dará término, dando así paso a una nueva realidad completamente distinta. En este trabajo hemos analizado algunos de los hitos más significativos que condujeron a ese nuevo escenario.

